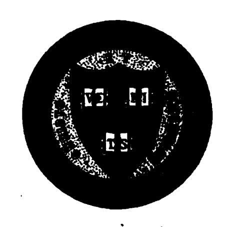
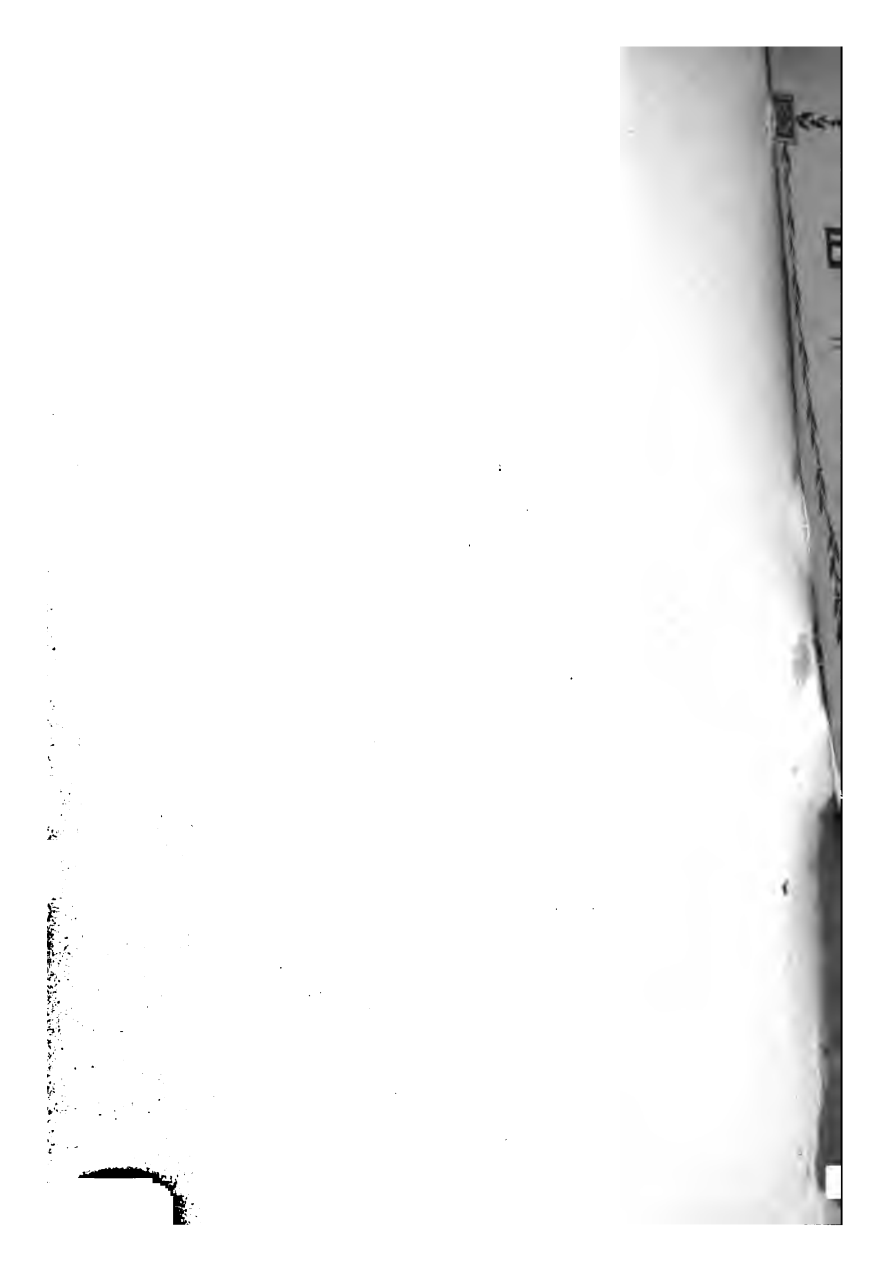






# EL RIO de MI VALLE

NOVELA

DE

COSTUMBRES ASTURIANAS

Original de

**Marcelino González**



OVIEDO
Establecimiento Tipográfico LA CRUZ

1908

# EL RÍO DE MI VALLE

## NOVELA

DE COSTUMBRES ASTURIANAS

POR

DON MARCELINO GONZÁLEZ

Cura Párroco

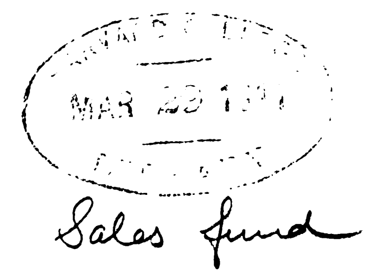
de San Nicolás de Bari (Oviedo)



Establecimiento Tipográfico LA CRUZ

OVIEDO

1908


MAR 23 19

OBISPADO DE OVIEDO

*Cancillería*

*Habiendo sido examinada de nuestra orden por el Sr. Rector del Seminario Conciliar la Novela de costumbres asturianas titulada* **«El Río de mi Valle»**, *escrita por D. Marcelino González, Párroco de San Nicolás de Bari, y no habiendo en ella cosa alguna contraria al dogma y sana moral, por las presentes concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse. Lo decretó Su Señoría I. el Obispo mi señor de que certifico.*

**† El Obispo de Oviedo**

**Por mandado de S. S. I.**
**Dr. Pedro Fernández de Sevilla**
*Can.º Srio.*

*Oviedo, 27 de Enero de 1908.*

*A la memoria*

*de un hombre, grande por su talento, y por su virtud, mayor; á la memoria del ejemplar y sabio sacerdote*

**Ilmo. Dr. D. José Sarri de Oller**

*(q. e. p. d.); cuyo ilustre nombre es muy justo vaya unido al del autor de este trabajo, como durante gran parte de su vida lo estuvo su corazón al de su admirador y amigo*

Marcelino González,
*Presbítero*

# PRÓLOGO

Leíamos con deleite indescriptible en la soledad de nuestro retiro las obras inmortales de Pereda; saboreábamos con inexplicable fruición las inimitables páginas de aquel singular artista, no sabiendo qué admirar más, si los primores de dicción y galas de estilo, ó las magnificencias de su rica fantasía.

Pasábamos largos ratos, contemplando embelesados los monumentos literarios del cantor de la montaña, sin cansarnos nunca de admirar obras de tan singular perfección.

Había para ello muchas razones.

Aparte del mérito intrínsico de labor literaria tan acabada, la mon-

taña asturiana y la santanderina, á juzgar por su mejor pintor, son hermanas y hermanas gemelas. Escenas afines, idénticos tipos, costumbres parecidas, el mismo sentimiento religioso, iguales paisajes.....

No, hemos dicho mal. En este último punto la primera es superior á la segunda.

Así nos lo persuadía nuestro inextinguible amor á la aldea y valle donde pasáramos los días más venturosos de nuestra vida.

Este cariño nostálgico, jamás extinguido, ni siquiera debilitado, á pesar de prolongada ausencia, á pesar de haber perdido los seres queridos, que pudieran en pasado tiempo explicar ese afecto, nos hacía establecer una comparación entre la montaña descripta por Pereda y la que en nuestra imaginación se dibujaba, entre la montaña sentida y amada por Pereda, y la por nosotros amada y sentida.

Una voz, interna, misteriosa, avasalladora, resonaba en el fondo de nuestra alma. ¿Por qué, nos decía,

no haces por el objeto de tus amores lo que por el suyo hizo Pereda? ¿Por qué no consignas en el papel las bellezas que fascinan tu fantasía, y los sentimientos que fluyen á borbotones de tu corazón?

A la verdad, nos aterraba dar principio á un trabajo de esta índole.

Después que Pereda ha pintado con inspirado pincel los inimitables cuadros montañeses, después que Pereda ha exhibido las esculturales figuras que un arte sublime creara ¿quién osará seguirle?

Empero aquella voz, lejos de apagarse con estos razonamientos, se hacía oir con más imperiosas exigencias.

Indudablemente mis amores requerían un sacrificio, exigían un holocausto.

Pedimos entonces inspiración á lo alto, sacudimos la pereza y emprendimos este *Ensayo* que ofrecemos al público literato, como el principiante presenta, temblando, á un artista consumado los primeros dibujos.

Mas antes de pasar adelante, necesitamos dar algunas explicaciones para la mejor inteligencia de este trabajo

Aunque las obras del citado autor pueden considerarse como causa ocasional, que dicen los Filósofos, de esta novelita, no es de aquéllas plagio, ni siquiera se ha inspirado en ellas. Si tal vez alguna ó algunas escenas tienen puntos de contacto, achaquese á la homogeneidad de caracteres, costumbres, etc., de una y otra región.

Estas páginas están escritas bajo el influjo de un sentimiento nostálgico, son como el desahogo de un corazón y de un alma sedientos de pensar y de hablar y de escribir de su *tierruca*.

Ya preveemos que algún crítico escrupuloso nos ha de salir al encuentro, diciéndonos con desdén: Una novela romántica; el Romanticismo trasnochado resucitado por un delirante.

A éstos responderemos que, si entienden por Romanticismo el crear

tipos ideales sin realidad objetiva, el dibujar escenas imaginarias sin verosimilitud alguna, en una palabra, si entienden por Romanticismo el pedir al ensueño lo que no se halla ya en la naturaleza, esta novela no es romántica.

Mas si se llama Romanticismo al sentir hondamente las escenas mismas reales, al hacer una prudente aleación entre el elemento subjetivo y el objetivo, entre la realidad y el sentimiento, desde luego confesamos con ingenuidad que nuestro *Ensayo* es romántico, á la vez que realista: romántico por el sentimiento que lo ha inspirado y realista por el fondo y forma del argumento que se desarrolla.

Nosotros podemos con toda verdad decir de nuestro trabajo, lo que Blanco Belmonte afirma de su *Casa de Cárdenas,* á saber: que esta novelita es una Historia con notas marginales.

El argumento que desenvolvemos y las escenas que describimos, siquiera sea con harta imperfección,

están tomados de la vida misma de la montaña asturiana. ¿Puede pedirse mayor realismo?

Hechas estas explicaciones, aceptamos de antemano el fallo que el público ilustrado haya de emitir, teniendo ante la vista la benevolencia de que para con los principiantes debe hacer gala, y la indulgencia que suplica

El Autor.

**San Nicolás de Bari, 20 de Octubre de 1907.**

---

# I

## La Noticia

Los asiduos contertulios, arrebujados en sendas mantas de burdo paño, iban reuniéndose perezosamente en la cocina del párroco.

Mas la patriarcal reunión de aquella noche no lograba alcanzar el grado de animación y de interés acostumbrados. Nadie se aventuraba á referir un cuento, ni á repetir, siquiera fuese por centésima vez, alguna de las escenas verdaderamente trágicas, acaecidas entre vaqueros y lobos en las majadas del ıerto.

Hasta D. Justo, que poseía el secreto : mantener vivo el interés de la tertu- se sentía replegado en sí mismo.

Diríase que todos se hallaban dominados por un sentimiento vago é indefinible.

Nada tenía de particular.

El presentimiento, de que una tempestad, siempre imponente y temible siempre, iba á descargar aquella noche sobre el valle los estragos de que era misteriosa mensajera, se apoderaba paulatinamente de todos los ánimos.

Ya el viento, precursor en la montaña de aquel temido fenómeno, silbaba en las desnudas ramas de los árboles y crugía en las ventanas y techumbre de la casa rectoral.

El tejo secular, que separaba á ésta de la iglesia, al ser agitado por el torbellino, ora despedía ayes quejumbrosos en son de sentida protesta por las violencias de que era víctima, ora se inclinaba á uno y á otro lado, como reclamando á todas partes auxilio para seguir ocupando el puesto de honor que cien generaciones le habían asignado.

Resplandores súbitos, cada vez más frecuentes y más intensos, iluminan con siniestra luz las sinuosidades del valle y las siluetas de la montaña, mientras que

los truenos, cual rugidos espantosos de ignorado mónstruo, sacudiendo el angosto valle en sus mismos cimientos, anuncian la inminencia de la tempestad.

En este instante las campanas de las dos capillas, con que el pueblo simultáneamente se adorna y se protege, despiden en la obscuridad de la noche sus timbrados sonidos, que resuenan en aquel religioso vecindario como un llamamiento á la oración ó cual voces plañideras de sobrehumano auxilio.

El párroco con frecuencia abandona la tertulia para observar en el cielo el curso de la tempestad, asomándose repetidas veces al corredor de su casa.

En una de estas visitas dirige por pura casualidad la vista á lo largo del valle, y vislumbra allá lejos una lucecilla débil, oscilante, que se mueve en la dirección del camino.

No era D. Justo supersticioso; pero una inspiración súbita le hizo creer que aquella luz era portadora de algún suceso triste, de alguna noticia desagradable.

La tempestad seguía su curso sin haberse aún desencadenado: los rumores

del viento se aplacan paulatinamente, se hacen más tenues y menos frecuentes los fulgores de los rayos, y el fragor de los truenos se debilita hasta el punto de no lograr hacerse repetir en las concabidades de la montaña, ni en las gargantas del valle.

Salen de sus escondrijos los pajarillos y nuevamente pasan batiendo con sus alas el atrio y el campanario de la iglesia.

Poco á poco la naturaleza recobra su ordinaria y solemne calma.

La tempestad, como con alguna frecuencia sucede en la montaña, se había corrido á los valles inmediatos.

Los contertulios habíanse ya entregado á la obligada tarea de comentar el grado de intensidad, daños y consecuencias de las diversas tempestades de que en el pueblo había memoria más ó menos remota.

La tempestad del 13 y la del 29, la del 44 y la del 56, eran descriptas con todos sus pelos y señales. ¡Qué alarde de erudición meteorológica! Quién se declaraba por la de S. Fernando (1), quién por la

(1) 30 de Mayo.

de S. Miguel (1). Éste aducía en favor de su opinión el testimonio de su padre, de quien no faltó alguno que insinuara que por aquella fecha debía hallarse sirviendo al Rey, se remontaba aquél á invocar la autoridad de su abuelo, al que es verosímil no hubiera conocido.

El fuego se había generalizado en toda la línea é inducía todo á creer que aquella tertulia no desmerecería de las demás del invierno.

Mas estaba de Dios que la de aquella noche se había de malograr y no podía suceder de otra manera.

Cuando la conversación estaba en su punto culminante, y cuando la pelea era más recia entre los defensores de las distintas opiniones, dos golpes secos y apresurados hieren la puerta de la casa parroquial.

El corazón del dueño siente igualmente dos sacudidas que le confirman en su triste presentimiento.

No se engañaba.

El arriero, que según costumbre había bajado á Moreda, traía con el «Boletín

(1) 29 Septiembre.

Eclesiástico», único periódico, que á la sazón visitaba al pueblo, una carta de letra y procedencia desconocidas.

Ábrela D. Justo con impaciente curiosidad y, después de haber pasado por ella sus ojos cada vez más trémulos, lee á la concurrencia:

«*Sr. Cura Párroco de Santa María de Murias.—España.*

»Muy Sr. mío y de mi mayor respeto:
»La paz del Señor sea con nosotros. Por »encargo expreso de D. Lorenzo Solís y »Getino cábeme el sentimiento de parti»ciparle que ha entregado aquél su alma »á Dios en la madrugada de 5 del co»rriente.

»Dos religiosos españoles hemos te»nido el consuelo y el honor de perma»necer á su lado hasta que exhaló el úl»timo suspiro.

»Omito detalles de su edificante muer»te y únicamente le diré que durante su »corta enfermedad, contraida por haber »tomado parte, al frente de las tropas de »su mando, en una expedición militar á »diferentes puntos de esta colonia, se »acordaba con relativa frecuencia de su

»pueblo natal, de sus habitantes y, sobre »todo, de su amado párroco.

»El deseo del finado era el que sus »restos mortales descansaran al lado »de los de sus padres y á la sombra ben»dita de esa iglesia y de ese pueblo, al »que profesaba afecto tan entrañable, »que no fueron parte á extinguirle las »mil vicisitudes de su accidentada vida.

»Habiéndosele hecho notar las dificul»tades con que se tropezaría para reali»zar su deseo, por otra parte tan justifi»cado, hizo al Señor el sacrificio de su »voluntad.

»Creo por demás decirle que su entie»rro y honras fúnebres fueron una im»ponente manifestación de respeto, apre»cio y simpatía al militar, al cristiano y »al caballero.

»Dios le haya acogido en su santo »seno.

»Con tan triste motivo soy de usted »affmo. S. S. y Capellán q. b. s. m.,

*Fr. Gregorio de Paredes.*
O. F. Capuc.

Méjico 9 de Dcbre. de.....

La lectura de esta carta hizo rebasar la medida.

Los semblantes de todos patentizaron el hondo sentimiento que el suceso referido les había causado.

El párroco, sobreponiéndose á su propio dolor y haciendo esfuerzos por recobrar la calma en él habitual, dijo: Amigos, mientras no se acuerde la forma solemne en que este pueblo haya de hacer pública ostentación de su amor y de su gratitud á un tan preclaro hijo, roguemos por su eterno descanso.

Hízose así y, antes de la hora acostumbrada, se disolvió la tertulia.

---



II

## Bellezas ocultas

¿Qué clase de relaciones, qué lazos de unión podrían existir entre un habitante de la América, encumbrado por la fortuna y elevado á los más altos puestos de la milicia, y un humilde pueblo de la Montaña Asturiana?

Antes de dar satisfactoria contestación á esta pregunta, demandan las exigencias de la Lógica una descripción, lo más completa posible, del valle y de la aldea que fueron teatro de esta verídica historia.

Pudiera esto parecer profanación de lesa naturaleza.

¿Cómo te atreves, pudiera decirnos cualquier habitante de pueblo tan sencillo y feliz, cómo te atreves á poner de manifiesto unos secretos que nosotros, secundando los designios de la naturaleza misma, pugnamos por conservar ocultos?

Mas, escudándonos en el tan vulgar cuanto socorrido axioma latino *Pictoribus atque poetis semper fuit aequa potestas*, intentaremos exponerlos ante la vista de los lectores.

Entre los valles de Pajares, que recorre hoy alegre y juguetona la locomotora, y el principal de Aller, cruzado por hermosa carretera, hállase, como escondido, otro que, si no tiene el animado movimiento de los primeros, les es superior por los tesoros de belleza natural y moral que custodia, no obstante su antiestético nombre de *Río Negro*.

Tiene este diminuto valle su entrada principal y casi única por Moreda.

Mas para descubrirla se necesitan ojos de lince, así como es igualmente necesario ánimo vigoroso para forzarla.

Las elevadas montañas de uno y otro lado se aproximan tanto en aquel punto,

que se asemejan á dos centinelas gigantes, hábil y estratégicamente colocados, para cerrar el paso al audaz viajero que presuma penetrar en el valle con las sacrílegas intenciones de escudriñar sus senos.

Un camino tranquilo, estrecho y paralelo al río, parece, no obstante, decir al expedicionario de buena voluntad: «Sígueme y no temas».

Efectivamente, como dos buenos camaradas caminan juntos la senda del valle y el río que le da nombre.

Los montes, que tan severos é inexorables se presentaran, ceden algo en su primitivo rigor, y se retiran respetuosos, sin duda para que el viajero halle á su esfuerzo la debida recompensa.

A poco rato de camino por entre las montañas mencionadas aparece otro mundo completamente distinto.

Un pueblo, llano, con sus dos casas solariegas de nobilísima alcurnia, con sus fértiles veguitas y numerosos prados suavemente recostados sobre las vertientes, se presenta de improviso á la vista el espectador, causando la grata im-

presión del que en el desierto halla un oasis.

Es Nembra, el primer pueblo de *Río Negro*.

El que por vez primera penetra en el ignorado valle, se imagina, al llegar á Nembra, haber dado término á su expedición, creyendo firmemente que es *metafísicamente* imposible que exista otro pueblo en todo él. Y si le apuran un poco, no hallará inconveniente en afirmar con todo aplomo que aun es demasiado pueblo para tan diminuto valle.

Mas el viajero, que quiera formarse idea exacta de los sitios donde se han realizado los hechos históricos que nos proponemos narrar, y el lector en el que esta historia haya despertado algún interés, es preciso apechuguen respectivamente con una nueva y más molesta caminata aquél y éste, con la lectura poco sugestiva de estas líneas.

La primera novedad que, al partir de Nembra en dirección al Puerto, se observa, es que la senda y el río se separan bruscamente.

Creeríanse dos amigos que entre sí riñeran.

Así parece haber sucedido.

Media legua después de esta sensible separación, un caminante experto y observador no puede menos de notar con espanto la peligrosa terquedad del río al obstinarse en hacer su recorrido por entre despeñaderos y precipicios, mientras que el camino, más prudente y más reflexivo, aun á trueque de no pocos rodeos y subidas costosas, busca sitios á su intento más accesibles.

A la verdad ¿cómo era posible que la pacífica senda de valle tan pacífico conservase la amistad con su antiguo conpañero, habiendo demostrado una y otro tendencias tan opuestas?

Después de una breve jornada por entre castañedos y robledales, pico arriba unas veces y casi siempre por fatigosas pendientes, ora atravesando riachuelos, ora ladeando vertientes, se llega á los confines de la aldea, término del viaje.

Mas antes de introducir al lector en el teatro de los hechos que se han de narrar, le invitamos á tender una mirada retrospectiva sobre el trayecto recorrido.

Allá lejos, una barrera de montes

ocultando el valle á las miradas codiciosas del bullicioso Moreda; Nembra, con sus encantos naturales y recuerdos históricos, en el fondo.

Mirando en dirección al Puerto, las montañas se aproximan, se acercan, casi cierran el paso y parecen decir en lenguaje apocalíptico el famoso *Non plus ultra*.

Si se contemplan las dos laderas, vense éstas totalmente cubiertas de prados de hermoso verde y rodeados de setos de elevados robles y hayas corpulentas, asemejándose á pañuelos de seda, de colosales proporciones, festonados por hadas y artísticamente colocados para servir de adecuado adorno á tan ideal valle.

A lo largo, un río de aguas cristalinas é hirviente espuma completa este hermoso panorama.

¿Por qué motivo, habrá ya pensado más de un lector, se impuso el calificativo de negro á un río, cuya nívea blancura es su honrosa divisa?

El pronunciado desnivel y las malezas por las que aquél discurre, hacen efectivamente que se asemeje á una cadena grande y colosal de bruñida plata. Mas

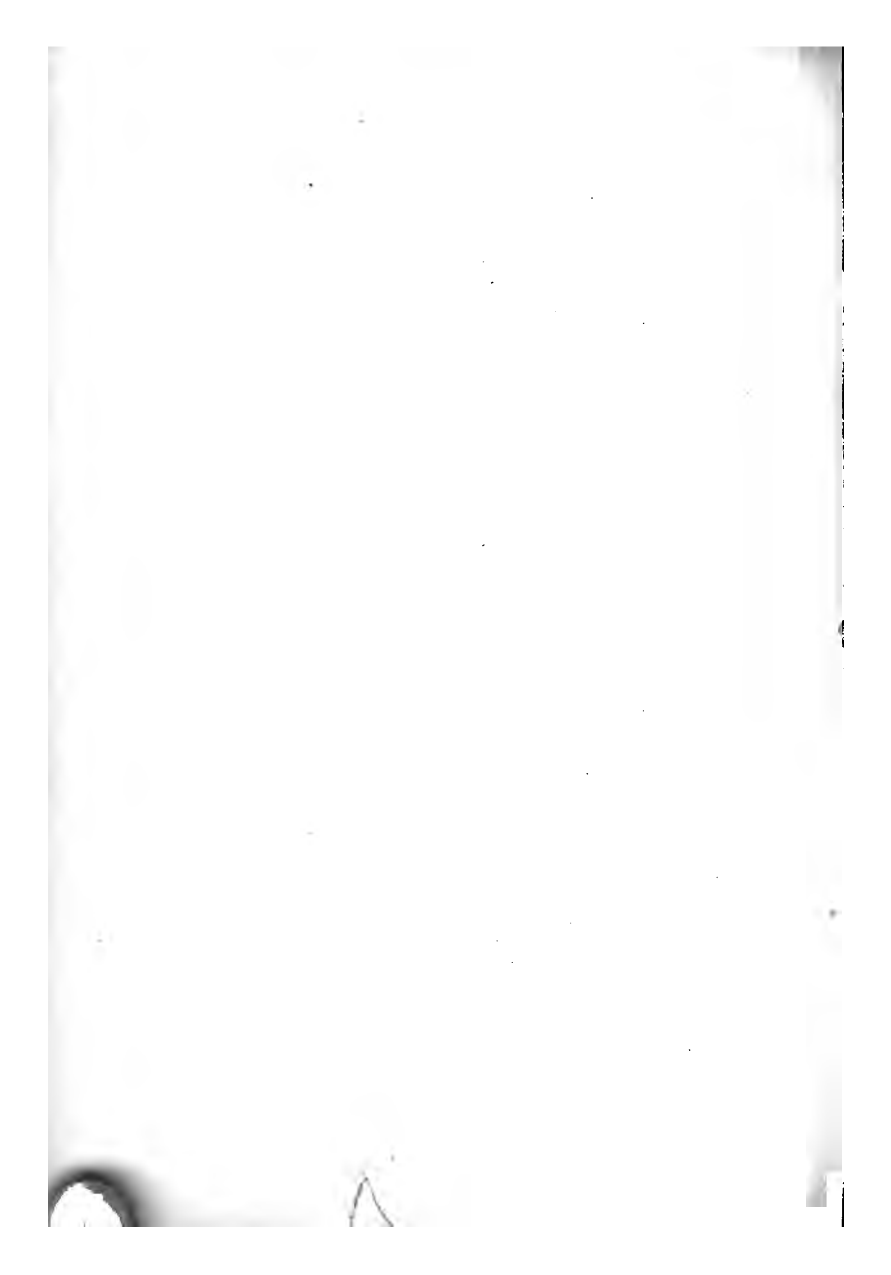
las peñas, que obstruyen el cauce, de forma ovalada por el constante roce de las aguas, y de color negruzco, forman con aquella blancura singular contraste é imitan á primera vista un ejército de chacales sacando del lecho sus informes cabezas para devorar á los incautos transeuntes.

Se ha dicho que las montañas del Sur, observadas desde el sitio en que hemos contemplado á vista de pájaro una gran parte del valle, parecen cerrar por completo el paso.

Mas no es así.

Al cabo de algunos minutos de camino por aquella garganta, la montaña del mediodía se retira formando ondulaciociones suaves y uniformes, mientras que la del poniente continúa erguida, inhiesta, severa, como en actitud de echar en cara á su vecina la debilidad de su carácter, su falta de convicciones.

Descansando sobre la falda de la primera se halla asentada la aldea de nuestra historia, Murias.





III

## La aldea

El pueblo es humilde, pero no puede ser más poético al ser contemplado desde la erguida montaña de enfrente.

Figúrese el lector una aldea de unas cien casas blancas, desiguales é irregulares las más, y reunidas en forma de anfiteatro.

En el centro se alza la casa de Dios, la iglesia parroquial; á su lado, la de su representante en la tierra, el párroco; las de los vecinos, escalonadas en tal disposición, que los tejados de unas están al nivel de los cimientos de las otras, diseminadas por las pendientes conti-

guas; á la entrada y salida dos ermitas, dedicadas ambas á honrar la Madre de Dios en diferentes misterios, vigilan cual centinelas avanzados y cual atrincherados baluartes defienden la religiosidad de esta singular aldea.

Tal es Murias, cuna del inmortal Solís.

La estructura misma de la aldea refleja los principios que informan las costumbres de sus habitantes.

En ella Dios lo es todo, lo mismo en el pueblo, donde ocupa el primer puesto, que en las vecinas laderas y montañas en las que las huellas de su omnipotencia son marcadamente visibles para un alma sencilla, morigerada y libre de prejuicios.

Fruto de tan saludable educación moral es el orden y la paz más envidiables.

Los litigios no son allí conocidos (1), pues las diferencias, inevitables entre pequeños propietarios, se solucionan mediante la intervención de organismos conciliadores que costumbres seculares y verdaderamente patriarcales han in-

(1) Histórico.

troducido y el buen sentido conservado.

¡Alta sabiduría que jamás lograrán alcanzar los que en la gobernación de las naciones prescinden del Supremo Hacedor!

¿Quién duda que alejar de las muchedumbres la idea de Dios, querer educar las masas prescindiendo de Dios, formar nuevas generaciones sin Dios, es edificar sobre arena y barrenar en sus mismos cimientos la sociedad?

---



IV

# La llegada

Era pleno verano.

Un sol esplendente, meridional, bañaba de intensa luz todo el valle.

Los rapaces, con celo desusado, habían barrido las callejuelas del pueblo.

A su entrada habían los mozos levantado arcos de follaje con más pretensiones que mérito artístico; y en el campo de la iglesia emplazárase un larguísimo roble sobre cuya cima ondeaba orgullosa la enseña nacional.

Al ver estos preparativos y la animación extraordinaria del pueblo, cualquiera hubiera podido predecir algún acontecimiento insólito.

Así era en efecto.

Una comisión compuesta de los vecinos más significados, y no sin algún disgustillo elegida, había sido designada para esperar á la entrada de *Río Negro* al caballero, á cuya recepción se ordenaba tanto preparativo.

Mucho antes de la hora de antemano señalada, se van reuniendo á la entrada del pueblo todos sus habitantes.

Hombres y mujeres, niños y ancianos, todos se congregan, los más movidos por un sentimiento instintivo de cariño, de curiosidad no pocos y algunos sin razón concreta y fija.

La llegada, por la índole del camino, no pudo tener lugar á la hora prefijada.

No importa: el vecindario permanece á pié firme, ocupados unos en referir la biografía embrionaria que del huésped conocían, y otros en interpretar á su manera los planes del esperado señor para con el pueblo; éste, en calcular á ojo los millones que habría reunido, y en demostrar su parentesco con el mismo, formando un arbol genealógico tan incomprensible para el autor, como para los oyentes, aquél.

Así mataban pacientemente el tiempo los *Murienses*, cuando una explosión enorme, una espantosa detonación, asemejándose en sus prolongados é interminables ecos á una montaña que se desploma, pone á todos en movimiento.

Era la señal convenida para anunciar que el deseado caballero había traspasado los límites de la parroquia inmediata.

Las campanas de la iglesia parroquial, haciéndose intérpretes del entusiasmo general, lanzan al viento notas de vibrante regocijo.

¡Ya llegó!

Apretones de manos, abrazos, bienvenidas, lágrimas, *vivas*, recuerdos oportunos é inoportunos, preguntas impertinentes..... todo lo hubo de soportar el huésped á la entrada en el pueblo hasta ser introducido en la casa que se le había preparado.

Un hombre alto y fornido, de tez morena, de severo y gracioso continente cae á los pocos minutos en brazos de una ancianita de pueblo, quedando ambos sin palabra y casi sin respiración, y permaneciendo largo tiempo inmobles ante la impresionada comitiva.

Si una lágrima no hubiera surcado traidoramente la mejilla del caballero, hubiérase podido creer que era un grupo escultórico de Miguel Ángel contemplado con emoción sublime por inspirados artistas.

---



V

# Un Pastor poeta

¿Quién era ese caballero? ¿Qué títulos le hacían acreedor al amor de todo un pueblo? He aquí dos preguntas que habrán asomado á los labios de los lectores.

La respuesta exige que abandonemos por unos momentos la aldea y nos traslademos á lo alto de la montaña en compañía de un joven puesto al cuidado de un modesto rebaño.

Conoce este pastorcito, mejor que los nombres de sus ovejas, las vertientes y precipicios de la montaña, sus altas peñas y sombríos bosques, y ha logrado descubrir los sitios más encantadores del valle.

Veamos el que le era más predilecto.

En la ladera de la derecha, cerca de la cumbre, se eleva un gran peñasco, conocido en el pueblo por el nombre de *Serrona*.

Termina ésta en una pequeña explanada á la que da acceso no fácil por el lado superior una rampla de pronunciada pendiente.

El panorama, que desde allí se descubre y contempla, es embelesador.

Después de haber acomodado el rebaño, trepa todos los días nuestro pastor con febril impaciencia por la pendiente hasta colocarse en lo más alto de la *Serrona*.

Sigámosle suavemente con el fin de sorprender, si nos es posible, sus emociones y de adivinar sus ensueños.

Tan pronto ocupa su puesto favorito, dirige su vista al fondo y á lo largo del valle; vuelve luego su mirada á uno y otro lado.

¿Qué enigmas, qué misterios descifrará el joven en estas miradas?

Dícese que un día en que la emoción llegó á dominarle por completo, se escaparon de sus labios acentos é ideas re-

veladoras de las bellezas que absorbían y embelesaban su espíritu.

El valle le parecía un libro grande é inmenso y las laderas sus enormes infolios. Los bosques, los prados y las peñas, eran para él letras desconocidas, palabras misteriosas de un lenguaje sublime, el lenguaje de Dios.

Forcejeaba el pastorcito por leer en él y acababa por llorar.

Contemplaba en otras ocasiones en el mismo valle un carro enorme. Las estibaciones de las montañas, que ya estrechan, ya cortan el valle, creíalas unos gigantes de colosales tamaños que iban en él por una fuerza misteriosa conducidos.

Entonces temía.

Su imaginación caldeada se gozaba en arrancar ocultos secretos á las vertientes y á las cumbres.

En las cristalinas aguas, con que abundantes fuentes fertilizan los numerosos prados de ambas laderas, veía el exaltado joven las lágrimas vertidas por infinidad de seres aprisionados como en árcel tenebrosa por un tirano sin en-'añas.

Así pasaba los días.

Su vida tranquila y feliz se deslizaba en la soledad y en el aislamiento; pero su espíritu llenaba el valle y los desiertos, animaba los montes y los bosques.

No había soledades para su imaginación enardecida por la contemplación asidua de la naturaleza, ni existir podían aislamientos para su alma pensadora y sensible á las emociones de la belleza.

¡Con cuanta razón se ha dicho que los espacios todos son menos inmensos que el corazón del hombre!

Al alargarse las sombras de los árboles en la opuesta ladera, abandonaba con pena este singular pastor la *Serrona*, reunía el rebaño que, tocando una flauta que él mismo había elaborado, conducía al pueblo durante el crepúsculo.

---

## VI

# Prosa de la vida

¡Pobres poetas! ¡Qué dura é inexorable es la realidad para con vuestros puros é inefables goces!

Érase una tarde en la que el joven pastor había estado más abstraido en la contemplación de su favorito panorama; en que había saboreado emociones más dulces; en que ensueños más deliciosos había tenido.

El rebaño había por este mismo motivo podido correrse libremente en todas direcciones y acercarse á un bosque inmediato conocido por *Brañalobos*.

El nombre indica el peligro á que se

exponían las inocentes ovejas al aproximarse á aquél.

Así sucedió.

De la temida espesura surge una manada de lobos que cae de improviso sobre el abandonado é indefenso rebaño.

Ni los validos de las ovejas, ni el aullar de los lobos en su lucha con las víctimas, fueron suficientes á interrumpir el sueño poético del inexperto pastor.

Al intentar reunir las ovejas, se apercibe éste de los destrozos causados en el casi único medio de subsistencia de sus padres.

Su imaginación vivísima le pinta con exagerados colores lo mismo el sentimiento de sus progenitores, que las futuras consecuencias de su involuntaria culpa.

¿Qué resolución habrá de tomar en estas circunstancias?

La llama del genio, que vibra en su mente, la voz de lo desconocido que con vehemencia le atrae, le fuerzan á adoptar una medida extrema, á no regresar á la casa paterna.

En aquella noche el que hubiera podido escudriñar á vista de pájaro los se-

cretos del valle, habría presenciado dos escenas igualmente tristes.

Un joven, casi un niño, obligado á abandonar á sus padres y á despedirse de lugares queridos, corriendo errante en medio de la obscuridad de la noche por la montaña, buscando sendas desconocidas y caminando sin rumbo fijo.

Dos horas después de obscurecido, el párroco significaba al vecindario por medio de las campanas que había tenido lugar un suceso extraordinario.

La llegada al pueblo en las primeras horas de la noche, de algunas ovejas heridas y la ausencia del pastor llevaron la consternación más grande al hogar infortunado de sus padres.

La noticia circuló con rapidez, y pronto la idea de una desgracia cruenta tomó cuerpo en todos los ánimos.

Era preciso, urgente organizar una expedición á la montaña para prestar el debido auxilio al pastor, si aun vivía, ó para recoger sus restos mortales, si había muerto.

Mientras la expedición, iniciada y presidida por el párroco, llevaba á cabo su humanitaria tarea, sondeando precipi-

cios, recorriendo alturas y explorando bosques, el pastor triste y melancólico, con el alma lacerada por los acontecimientos del día y extenuado el cuerpo por el cansancio y el dolor, había traspuesto la cumbre, recorría las laderas del vecino valle y llegaba jadeante al camino que pone en comunicación al concejo de Aller con el de Mieres, para no volver á su pueblo natal hasta el momento en que le hemos visto ser recibido con tan singulares muestras de amor y de respeto.

---



## VII

## Ilusiones

El que no hubiese participado del general entusiasmo de los *Murienses* en el día de la llegada del ilustre militar al pueblo, hubiera podido sorprender impresiones distintas en los semblantes de dos personas de bien diversa índole, á saber, el cura y un sujeto conocido por el apodo de *Caleyón*.

Mozo éste, soltero, alto y desgarbado, habíase distinguido entre sus cooterráneos por la holgazanería.

Sus dos piernas, sintiendo su impotencia, ó confesando su rebeldía para sobrellevar, cada una de por sí, la parte

que de aquel tronco informe y semi-inerte le correspondía, se habrían con buen acuerdo asociado hasta juntarse las rodillas.

Para ponderar la dejadez y la haraganería de este estrafalario individuo, se contaba como hecho histórico que nunca, ni aun en su niñez, había sabido correr.

¿Procedería ésto de pobreza de espíritu, ó de idem de cuerpo?

He aquí un problema que se propusieron resolver algunos chuscos.

Para ello le soltaron un día una vaca semibrava, y al ver que *Caleyón* huía precipitadamente hasta ponerse á salvo, quedó plenamente demostrado el primer extremo.

Consecuencia de semejante apatía era la falta de sentimientos religiosos, que contrastaba con los de sus vecinos.

No dejaba de ser virtuoso porque justificase con razones, siquiera fuesen aparentes, su conducta.

Solía decir el párroco que de enemigos de nuestra Religión y de nuestra santa fe no tenía *Caleyón* más noticias, que las que le suministraba el monumento de Semana Santa con los esbirros

que crucificaron al Salvador y con los soldados que custodiaron su sepulcro.

Inútil para cosa mejor, se había dedicado á cultivar el chiste para cuyo género es preciso convenir en que no carecía de algún gracejo, realzado por su estrafalaria figura.

Cuando alguien se creía en el deber de hacerle alguna insinuación en materia de piedad, replicaba con un chiste, que solía en ocasiones obtener éxito.

Á este propósito se contaba de *Caleyón* la siguiente anécdota: (1).

Cierto domingo de Cuaresma se hallaba aquél en la bolera del pueblo entreteniendo con sus dichos á varios jóvenes.

Las campanas convocan á los fieles para el ejercicio del Vía-Crucis; mas aquellos muchachos contra la costumbre de siempre continúan su tarea:

Amostazado el párroco por aquello que él llamaba escándalo en el pueblo nunca visto, les manda un aviso rogándoles que no dejasen de asistir á un acto

---

(1) Histórico.

tan piadoso, tan tierno y tan enriquecido por la Iglesia.

¿Sabeis cuál fué la respuesta de *Caleyón?*

*¡Decii al Cura que non tenemos valor pa oyer lástimes!*

¿Su vida? Madrugar poco, trabajar menos, sentarse mucho á la puerta de la taberna para entretener al tabernero y divertir á los transeuntes y sacar por este medio alguna libación.

Este pobre diablo se llenó de satisfacción al tener noticia de la llegada al pueblo del millonario. Se había forjado en su magín la idea de que un hombre rico haría consistir su felicidad en evitar todo trabajo, pasar mucho tiempo en la taberna y beber los licores más caros que trajese de Castilla el arriero.

Para insinuarse más fácilmente y con mayores probabilidades de éxito en el ánimo del rico militar, había averiguado que un hermano de su padre se casara con una sobrina segunda del autor de los días del millonario. ¿Qué más podía apetecer? ¿No era de la familia? ¿Desconocería esta cualidad un hombre

del cual todas las lenguas se deshacían en elogios?

¡Infeliz *Caleyón!* El militar no pisó en todo el verano los umbrales de la taberna, y si el primero quiso cruzar con el segundo algunas palabras, fuele preciso ir á buscarle á su casa, y lo que es más grave, tener por testigo durante la entrevista al osco entreceño del cura.

---



# VIII

## Recelos

El párroco de la niñez de D. Lorenzo había muerto, siendo substituido por otro, cuya figura conviene delinear á los fines de esta historia.

Sencillo y transparente, á los pocos momentos se revelan las bondades que el corazón de D. Justo, que esta era su gracia, atesora.

No era un sabio, pero estaba lejos de ser ignorante. Además de las materias propias de su estado, sabía algo de las civilizaciones de Grecia y Roma, no era en absoluto profano á las ciencias positivas y conocía las plantas medicinales

de la montaña y su aplicación oportuna.

En su formación literaria dejárase llevar de las inclinaciones artísticas de su espíritu y había por esta razón estudiado con preferencia las obras que presentan la Religión cristiana desde el punto de vista de su belleza.

La vida de la montaña y la contemplación asidua de la naturaleza desarrollaron tan nobles inclinaciones.

Este desequilibrio, entre su instrucción teológica y sus conocimientos artísticos, fué para aquél origen de no pequeñas mortificaciones, lo mismo en la parroquia que en el Seminario.

Pasó D. Justo por este centro docente sin ser conocido.

Un plan detestable permitía á los profesores ir gradualmente subiendo en la explicación de las asignaturas de la carrera.

En su virtud el que enseñaba ayer Humanidades, hoy era profesor de Filosofía y ansiaba llegar á serlo de Teología, como meta de sus aspiraciones en el profesorado.

¿Qué había de suceder?

Que los profesores, cuando llegaban á

dominar una asignatura, cuando adquirían el secreto de hacer notar á sus discípulos las claves de las cuestiones que se ventilan en una disciplina dada, cuando se hallaban en condiciones de conocer las tendencias y las aptitudes de cada discípulo, cuando, en una palabra, podían enseñar con fruto, pasaban á explicar otras materias que tal vez ellos mismos necesitaban aprender.

Una de las víctimas de este sistema fué D. Justo, el que salió del Seminario con la calificación de una denigrante medianía, amén de unos ribetes de romanticismo poco honroso en un candidato al sacerdocio.

En su humildad hizo propio el agraviado escolar el juicio de sus superiores, y habiendo obtenido en público concurso la parroquia que regentaba, ya no pensó en ulteriores ascensos.

En los más abstrusos dogmas y en los detalles más mínimos del culto descubría este ejemplar sacerdote armonías y bellezas ocultas á la generalidad de los eclesiásticos con quienes necesitaba convivir, y más aun, á la de los feligreses con los que vivía en íntimo contacto.

¡Qué fecundo principio de contrariedades para un alma delicada y sensible!

Por lo demás, ni sus conocimientos, ni sus cualidades personales, aunque unas y otros estuvieran exentos de las deficiencias inherentes á la humana flaqueza, hubieran podido rodear á don Justo del ascendiente que disfrutaba, sin el concurso de otra prenda poco vulgar, la de un amor sin límites, de un cariño verdaderamente paternal hacia su pueblo.

Decir de D. Justo que rendía culto al bienestar de sus feligreses, es repetir una vulgaridad. Él no concebía su propia dicha, siendo los suyos desgraciados; no podía él imaginarse alegrías ni consuelos, si de ellos no participaban sus ovejas.

El bondadoso pastor prohijaba á su pueblo, á cuyo bienestar se había consagrado de lleno. Sofocando odios, cicatrizando heridas, enjugando lágrimas, había concentrado en sí las voluntades de todos.

Sin armas y sin soldados gobierna su feligresía con autoridad incontrovertida.

¡Qué hermoso es regir los destinos de

un pueblo, no para esquilmarle, sino para hacerle feliz!

Sin embargo D. Justo era hombre y como tal no podía dejar de tener sus defectos. El aislamiento en que vivía, hasta el extremo de ignorar las noticias de actualidad más vulgares, rodeaba al cura de un tinte algo misterioso que apagaba, ó al menos deslucía, el brillo de sus conocimientos. De aquí tomó más de una vez pié *Caleyón* para decir del párroco «*Ya non está en lo que celebra*».

Ya se deja ver que una persona de la índole, que se acaba de describir, no podía permanecer impasible ante las posibles contingencias de la estancia de D. Lorenzo en el pueblo.

La *tía Catala*, que presumía conocer las interioridades de la casa rectoral, pudo olfatear (y así lo manifestó bajo secreto á una comadre) que, aunque el aspecto de D. Justo ante el público era el de siempre, en casa daba señaladas muestras de preocupación en los días que precedieron á la llegada de D. Lorenzo.

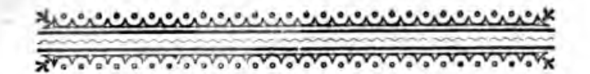
¿Serían ciertos los susurros de la *tía Catala*?

Conocía el buen párroco el origen del engrandecimiento de D. Lorenzo; comprendió que se trataba de un hombre que rebasaba la talla común. Su memoria le recordaba los abundantes recursos con que había endulzado la vejez de sus padres, y que los pobres mismos del pueblo habían experimentado los efectos de su noble corazón.

Pero se preguntaba: ¿Cómo andará de creencias religiosas? ¿Sus costumbres servirán de piedra de escándalo para los sencillos habitantes de este rincón?

Estos pensamientos, sorprendidos por la *tía Catala*, cruzaron diferentes veces por la mente del bondadoso cura, sin que fuesen, no obstante, suficientes á impedir que ocupase el puesto que le correspondía en los preparativos de la recepción con que el pueblo Muriense se disponía á obsequiar á su preclaro hijo y decidido protector.

---



# IX

## Recuerdos

Los de la infancia y de la vida campestre son dos factores psicológicos de extraordinaria importancia. Un alma torturada por dolorosas emociones y un corazón por pasiones violentas agitado, en la transición á la vida del campo y en la sosegada contemplación de sus recuerdos infantiles hallan, cuando menos, alivio inmediato.

Así lo sabía por propia experiencia D. Justo y se propuso poner en juego aquellos importantes elementos, ya para que la estancia de D. Lorenzo en la al-

rodeos, describe innumerables *zis zas*, sin que logre por completo su objeto. Esta parte de la expedición no dejó de ser molesta.

Las del recorrido, la falta de luz, los setos de árboles que parecen entoldar la senda y, sobre todo, la dirección á la montaña, dejando el valle á la espalda, no permitieron á D. Lorenzo disfrutar las deliciosas vistas que desde allí saborearse pueden.

Todo lo tenía previsto D. Justo y ante el temor de que una de las muchas revueltas del camino hiciese traición á su proyecto, aconseja acelerar el paso, anunciando hallarse próximo un lugar á propósito para el descanso y para gozar *algo* de lo mucho que el valle encierra.

A los pocos minutos el camino se ve libre de los robles y hayas que lo encubrían; los prados quedan como rezagados y se enrarece la vegetación.

Habían llegado al *Llanón*.

Viene á ser éste como el término de las vertientes cultivadas por aquel lado, y como la estibación de la parte de montaña inculta y agreste.

D. Justo ruega á su compañero que haga girar su caballo en dirección al valle, á la vez que lo hace él con celeridad.

¡Qué espectáculo tan grandioso!

Contemplando tan soberbio panorama, se quedan los expedicionarios sobre sus cabalgaduras, mudos é inmóviles. ¡Diríase que eran dos estatuas ecuestres levantadas sobre ciclópea base!

Desde el *Llanón* Murias parece hallarse como sepultado en el fondo de un hoyo sin salida posible; la bonita ribera de Nembra con aspiraciones incompatibles con su pequeñez, á la derecha; á la izquierda, Santibáñez que, cual caravana de emigrantes, parece trepar afanoso por la montaña en su deseo de salvar el Puerto y trasladarse á Castilla.

Creyó conveniente el cura aconsejar la inmediata subida á la *Serrona*, para librarse de los ardores que un sol radiante, caminando por un cielo límpido y azul, amenazaba hacerles sentir.

Con sentimiento del Americano se apean ambos expedicionarios y entregando los caballos á los mozos, comien-a la ascensión á pie.

A medida que avanzan, se ensancha el horizonte, desplegando y extendiendo ante su vista el lienzo de las bellezas que una naturaleza pródiga ofrece á los habitantes de la montaña.

Llegan por fin al pié de la *Serrona* é intentan subir á su cima. ¡Cuanta dificultad para conseguirlo!

Una vez logrado, el cura obliga á don Lorenzo á sentarse, haciéndolo él á su lado, no tanto por deferencia, como por moderar las emociones que habrían de embargar el ánimo de su compañero.

Los tres pueblos de *Río Negro* con algunos caseríos diseminados aquí y allá, los prados y los bosques, las suaves vertientes y los imponentes precipicios, las sierras y las montañas..... todo fué contemplado desde aquel singular escenario.

D. Lorenzo, impresionado ya por las bellezas que tiene delante, se entrega á los *Recuerdos* de su infancia.

Su imaginación ardiente le pinta los días de su niñez, que sin aspiraciones ni temores, sin envidias ni recelos, se deslizaran tranquilos y venturosos en lugares tan solitarios.

Un tropel de encontrados sentimientos oprimió su pecho, y dos lágrimas salidas de un alma valiente y generosa ruedan por las mejillas de D. Lorenzo....

---



X

## Una cruz

El regreso se hizo por diferente camino.

Cerca ya del pueblo, D. Justo se para militarmente, descubre su cabeza, traza sobre su frente la señal del cristiano, y sus labios se mueven murmurando una plegaria.

Era casi de noche y, no obstante, el cura con una melancolía en él no habitual invita á su compañero con breve descanso y, después de señalar con el índice derecho una tosca cruz de haya, le promete la explicación de su origen, caso de no serle molesta.

«Jamás se me olvidará, comenzó di-
»ciendo, aquel día de luto.

»Corría la primavera del año de mil...
»y la cosecha, que brindaba cual nunca
»abundantes y sazonados frutos, era
»destrozada por un jabalí de crecidas
»proporciones. Guareciéndose de día en
»la espesura que tenemos en frente, de
»noche entraba á saqueo por estas férti-
»les tierras.

»Se imponía, pues, una batida en toda
»regla y así se acordó por los vecinos,
»bien ajenos por cierto al desenlace que
»había de tener.

»Un domingo después de misa los ca-
»zadores con sus viejas, pero bien pro-
»badas armas, y los ojeadores provistos
»de perros, bocinas y demás utensilios
»aptos para amedrentar la fiera, se di-
»rigen al monte en que la suponían gua-
»recida.

»Un anciano, práctico en el arte, trazó
»el plan. Consistía éste en que al ponien-
»te del bosque llamado *Escayonum*, se
»habían de colocar los cazadores escalo-
»nados y en sitios especiales, mientras
»que describiendo los ojeadores una gran
»semicircunferencia que se iba unifor-

»memente estrechando, empujaban el »jabalí hacia las *esperas* con los disparos de los fusiles, ladridos de los perros »y desafinados toques de las bocinas.

»El plan tuvo el apetecido éxito. La »fiera, acorralada por E., N. y S., se »corría hacia el O. hasta llegar á en»cararse con uno de los cazadores. Éste »espera con sangre fría que la pieza se »le aproxime para mejor asegurarla. »Cuando la tuvo cerca, le descerraja un »tiro que la derriba en tierra mortal»mente herida. Mas el animal, en los »estertores de la agonía, se levanta con »celeridad vertiginosa y se arroja sobre »el cazador, trabándose cuerpo á cuerpo »entre ambos una lucha formidable, es»pantosa.

»Á las voces de auxilio acuden presu»rosos algunos amigos quienes se ven »precisados á contemplar un cuadro »terrorífico.

»El jabalí, con los pelos levantados, »encendidos los ojos cual dos brasas, »vomitando vellones de espuma el ho»cico y el pecho chorreando sangre en »abundancia, pugnaba por hacer presa en el cazador. Éste con una rodilla en

»tierra y levantada la otra, y pálido como »un cadáver, sujetaba con sus gruesas »y callosas manos la repugnante cabe- »zota de la fiera.

»El espanto y turbación de los espec- »tadores crecían en la medida de la ex- »trema gravedad del caso.

»Tal vez helados por el terror hubie- »ran sido testigos de una tragedia real, »de la desgraciada muerte de su compa- »ñero, si un mozo, fuerte como una »encina y animoso como un león, no »hubiera adoptado una resolución asaz »temeraria.

»Se acerca aquél al jabalí, le coge con »firmeza por una de las extremidades »abdominales, tira fuertemente, sepa- »rándole del aterrorizado cazador. Mas »para que no vuelva aquél sus salvajes »iras contra el nuevo agresor, lánzase »éste monte abajo sin soltar la presa, »atraviesa sendas, salva troncos de ár- »boles, deslízase por entre precipicios, y »al conocer que la espesura y la pen- »diente tocaban á su término, despide »con violencia á la fiera, á la vez que él, »describiendo ingeniosa curva, se res- »guarda detrás de un haya.

»Empero el jabalí ya estaba muerto.

»Mientras el valiente mozo realizaba »su arriesgada operación, cazadores y »ojeadores se iban reuniendo alrededor »del infortunado Remigio. Intentan, co- »mo primera medida, estancarle la san- »gre que corría de las heridas de sus »brazos y aún de su pecho.

»*Me muero, llamad al Sr. cura,* fue- »ron las únicas palabras que pudo ar- »ticular, dejándose caer medio exánime »en los brazos de sus atolondrados com- »pañeros.

»...En este mismo sitio encontré la co- »mitiva. Me acerqué á la improvisada »camilla, froté con anís, único medica- »mento que al salir de casa hallé á la »mano, la cara y garganta del herido. »Un suspiro profundo se escapa de su »pecho, abre sus ojos velados ya por la »muerte.

»Le dirijo las palabras de consuelo »que permitían las circunstancias y le »absuelvo en el nombre del Señor.

El párroco, que parecía hallarse aún agobiado por el recuerdo de aquella desgracia, inclina su cabeza, apoyándola sobre sus dos manos, mientras que don

Lorenzo, sin haber tenido noticia del dicho de los Judíos al ver llorar al Salvador ante el cadáver de su amigo Lázaro, exclamó en su interior como ellos: «Hé aquí como le amaba».

»Esa cruz, continuó diciendo D. Justo, »es señal harto expresiva de la muerte »de un cristiano ocurrida en este mismo »lugar, es una elocuente lección para los »que andamos las sendas de la vida, es »una demanda conmovedora de una »oración por el hermano fenecido».

---



XI

## La fiesta de los pobres

Antes que el verano se despidiese, debía, según tradicional costumbre de la Montaña, celebrarse la fiesta principal del pueblo.

El cura por razones, que reservaba cuidadosamente en su pecho, quería revestirla aquel año de excepcional solemnidad. Encargó el sermón á uno de los oradores más afamados de la Capital, invitó á D. Lorenzo á llevar el farol en la procesión y, después de dar las oportunas disposiciones para que la comida, con que se había de obsequiar á sus compañeros é invitados, fuese lo más

delicada posible, se dedicó en cuerpo y alma á la ornamentación de la iglesia.

Los niños de la escuela, bajo la dirección y férula del Maestro, barrían los alrededores del templo y de la rectoría, así como también las callejuelas que la procesión había de recorrer.

Se apresuraron á levantar los tradicionales arcos de follage los mozos, y las jóvenes limpiaron con singular esmero la iglesia, sus dependencias y enseres.

Todo hacía creer que la fiesta podría competir ventajosamente con la de la inmediata Villa, cuyos vecinos jurarían por Dios y una cruz que ni en Roma se celebraban con igual solemnidad las fiestas religiosas.

El día era espléndido. El sol llenaba el pueblo de intensa y vivificante luz. Un ambiente, saturado de oxígeno y perfumado por el aroma de las flores, llevaba el bienestar á todos. Los prados y los árboles adornados con sus mejores galas, realzadas por los rayos solares, parecían asociarse al júbilo público.

Diríase, en fin, que la naturaleza toda desplegaba sus primores y magnificen-

cias para honrar á su sapientísimo Autor.

Desde las primeras horas de la mañana los forasteros invadían el pueblo por todas sus entradas; las callejuelas y los alrededores de la iglesia rebosaban gente, luciendo sus mejores vestidos; se movía en todas direcciones, un enjambre de chiquillos cual si fuesen éstos los heraldos del entusiasmo popular.

La piedad de los fieles, la severidad de los cánticos sagrados, la majestad de las ceremonias litúrgicas, el sermón que, dicho sea en honor de la verdad, no agradó al pueblo, porque según dijo éste después, había sido *demasiado moral* (1), iban despertando en D. Lorenzo sentimientos no desarraigados, pero sí adormecidos por el tiempo y por los negocios, y cuyo germen bendito había depositado en su corazón una madre cariñosamente solícita.

Sin embargo, la impresión no hubiera sido tan fuerte ni tan saludable, como D. Justo en su sencillez se había imagi-

---

(1) Léase profundo ó conceptuoso.

nado, si un detalle, no común á estas fiestas, se hubiera suprimido.

Al ofertorio de la misa el cura, vuelto al pueblo, hace la siguiente advertencia: «Este año hace la fiesta de los pobres Andrés Velasco».

D. Lorenzo no entendió el alcance de estas palabras; pero en ellas vislumbraba su entendimiento, y su corazón presentía algo bello y típico.

Buscaba el buen militar con afán entre los innumerables recuerdos de su infancia alguno que le orientase para aclarar un anuncio hecho con tanta naturalidad y del que todos parecían darse por entendidos, sin que le fuese posible comprender aquellas para él enigmáticas palabras.

Así que tan pronto hubo la misa terminado, se acerca al párroco y, después de pedirle anticipado perdón, le suplica cortésmente tenga la bondad de decirle lo que era la fiesta de los pobres.

Apenas pudo D. Justo reprimir el gozo que semejante pregunta le ocasionaba, y el contento que sentía en dar la respuesta.

«Los pobres, dijo el cura, son la por-

»ción escogida del Cristianismo, son sus »hijos predilectos; aun más, son sus »más preciados tesoros.

»Por eso en los pueblos en que la Re»ligión cristiana ha tomado carta de na»turaleza, se halla como identificado con »el del pobre el amor de Dios.

»Esta doctrina es para los incrédulos »un absurdo. Mas considerada á la luz »que proyecta el Código cristiano, el »Evangelio, es una verdad inconcusa.

»De aquí que veamos tan hermanados »el templo y el hospital, el convento y »el asilo, las fiestas de la iglesia y las de »los pobres.

»Mas para que V. pueda apreciar por »sí mismo lo que es la fiesta de los po»bres en este rincón de la montaña, ten»ga la bondad de acompañarme».

A corta distancia y al O. de la iglesia álzase una casa de construcción diferente de las restantes del pueblo.

Compuesta de planta baja y piso principal y único, ostenta en su fachada un balcón saliente, al que hacen guardia de honor dos grandes ventanas.

A derecha é izquierda y casi tocando con las esquinas de la casa se hallan

emplazadas respectivamente la panera y las cuadras, dejando entre los tres edificios un espacio que el dueño denomina *corralada*.

Esta es la casa de Velasco.

Á ella se dirigieron el cura y D. Lorenzo, ansiosos uno y otro de presenciar la fiesta de los pobres; aunque por distintos motivos.

Una multitud de mendigos del valle y de los concejos limítrofes, y algunos parientes de Velasco, que según costumbre habían venido á ofrecer sus servicios, llenaban la *corralada*.

Al entrar en ella D. Justo y D. Lorenzo, todos se levantan, se descubren y saludan.

Después de conversar con el factor de la fiesta, el párroco ordena separar los hombres á un lado y al otro las mujeres. En este momento aparecen en el dintel de la puerta principal dos mozos como dos pinos, vestidos al uso del país, calzón y chaqueta cortos, zapato bajo, medias azules y sujetas bajo la rodilla por ligas á rayas, la cabeza descubierta, sosteniendo por sus asas una grande cesta

llena de platos y de cucharas que comienzan á repartir entre los pobres.

Á éstos siguen otros dos igualmente vestidos y que sirven en la misma forma grandes raciones de pan de escanda.

El ensordecedor murmullo, que antes resonaba en la *corralada*, se apaga instantáneamente.

El cura aprovecha este silencio para bendecir, si no la mesa, los manjares, y comienza el festin con que la cristiana aldea en la persona de los pobres obsequia á su Divino Maestro.

Dos mozas con los típicos trajes de la *tierruca*, saya corta, zapato bajo, media negra, jugón de damasco y pañuelo de seda caído sobre los hombros, bajan de la cocina una caldera de cobre repleta de suculenta y humeante sopa que vacían en los platos de los convidados, dando, por supuesto, la preferencia á las mujeres.

En forma semejente se sirve lo restante de la comida, que suele consistir en grandes raciones de pan, sopa, cocido y carne en abundancia.

En casos excepcionales se sirve también á los pobres arroz con leche, *pan-*

*chón* ú otro plato de estima en la montaña.

D. Lorenzo en la nobleza de sus sentimientos no pudo menos de apreciar en la *fiesta de los pobres* bellezas de orden moral inefables y sublimes.

Avanzaba el tiempo y el cura debía hallarse en la rectoral en la que iba á dar principio la comida con que se había de obsequiar á los sacerdotes que asistieran á la función religiosa, y á los particulares que por alguna causa especial se hubiesen hecho acreedores á aquella distinción.

Con sentimiento abandonaron los dos amigos la *corralada* de Andrés Velasco antes que terminase el acto que allí los condujera.

Durante el trayecto, que media entre la casa de Velasco y la del cura, explicó éste á D. Lorenzo el derecho consuetudinario por el que aquella simpática fiesta se rige.

«A no haber, le dijo, algún devoto que »espontáneamente se ofrezca á sufragar »los gastos de la *Fiesta de los pobres* se »abonan aquéllos de los recursos recolec-

»tados entre los vecinos para la fiesta de »la iglesia.

»Si por alguna causa especial la re»caudación no alcanzase á cubrir los »gastos de ambas, el alcalde reparte los »pobres entre los vecinos pudientes.

»Nadie se queja y menos desobedece »las órdenes de la alcaldía y los pobres »son obsequiados con especial esmero».

Desde este día se obró en D. Lorenzo saludable reacción.

---



# XII

## La *escosa*

Uno de los caprichos naturales con que la naturaleza sabia y pródiga, además de prestar grandes beneficios económicos á Murias, le ofrece anualmente un día de alegre esparcimiento, es la *Cueva*.

Veamos de describirla.

La margen derecha de *Río Negro*, en un punto próximo á Santibáñez, presenta una serie de orificios abiertos en viva peña caliza.

Por ellos derívase del río agua en cantidad suficiente para que, después de haber recorrido sendas desconocidas, por manos misteriosas en las entrañas de la tierra trazadas, y después de haber

examinado los más recónditos secretos de ingente montaña, alumbre junto al pueblo mismo, dando origen á un riachuelo de inapreciable valor.

Cualquiera que sea el concepto y estima que al lector merezca la naturaleza, no podrá menos de sentir admiración intensa ante esta su obra.

Todo en la *Cueva* es notable; la embocadura, el desnivel y sus beneficios.

Ningún ingeniero podría idear embocadura de mejores condiciones técnicas. Dado el grande desnivel, arrastra el río en sus crecidas troncos de árboles, tierras y otros productos. Si aquélla fuese amplia y desahogada, llegaría indudablemente á cegarse en alguna de las angosturas de su laberíntico recorrido. Y en este caso ¿quién sería de tan esforzado ánimo que arrostrase el peligro de examinar y, menos, de franquear la *Cueva*?

Todo ha sido previsto por el sabio autor de ella. Formada su entrada por una porción de diminutos agujeros, cierra el paso á todo lo que pudiera obstruir su seno ó dificultar sus funciones...

Un rejado de complicado mecanismo

y subido coste no desempeñaría su oficio con tanta perfección y éxito.

Si se mide la altura barométrica de la embocadura de la *Cueva* y la del punto de su alumbramiento, se ve que el desnivel entre una y otra es insignificante, el indispensable para que un pueblo de la montaña disfrute de las ventajas de un río, mágicamente arrancado del fondo del valle.

No son aquéllas baladí. Á la boca misma de salida de la *Cueva* se han colocado escalonados los molinos, batanes y *rabiles*, casi únicas industrias del pueblo.

Las aguas sobrantes riegan algunas fincas y este beneficio sería mayor si los vecinos, apegados á sus rutinas y enemigos declarados de todo cambio, hiciesen obras de canalización. ¡Con dolor se ve volver al río un caudal de agua que podría fertilizar una gran parte del valle!

Á mediados de Agosto, cuando ya ha desaparecido la blanca *estrella de Cuanya* (1) y las fuentes se han secado, tiene lugar la *escosa*.

---

(1) Llámase así á los últimos restos de nieve que sólo se licuan en riguroso estío.

La animación y la alegría, que en ella suelen reinar, son indescriptibles. El día convenido salen del pueblo los mozos en pelotones, provistos de los indispensables instrumentos de trabajo y pesca, los chiquillos los siguen y hacen lo propio algunos casados olvidándose de la gravedad y obligaciones de su estado; y pronto los alrededores de la *Cueva* se llenan de gentes de todos estados, clases y fortunas.

La primera parte de la *escosa*, que consiste en hacer correr por la *Cueva* todo el agua hasta dejar el río completamente seco, suele ser pesada, y no se realiza sin alguna contienda, más ó menos acalorada, entre el elemento joven, inexperto é irreflexivo, y el elemento maduro y práctico.

El primero en su impaciencia y ardor juveniles quisiera desde luego comenzar las obras de retén, confiando poder forzar las aguas por la embocadura de la *Cueva*; más experimentado, insiste el segundo en la necesidad de limpiar bien las fauces de aquélla, temeroso de que dada su angostura no permita el paso á todo el caudal.

Hecha esta operación y terminada por consiguiente sin contingencias ulteriores todas las controversias, grandes vigas de roble se colocan diagonalmente en el río, apoyándolas en estacas hincadas en el cauce.

Los espacios entre aquéllas y éste existentes, se cierran herméticamente con *tapinos* que los más viejos cavan en las laderas contiguas, transportan los chiquillos y los mozos colocan.

Entonces se ven las aguas crecer, estancarse y remansar tras el improvisado *trabanco*, y no teniendo otra salida, se deciden á sumirse por los agujeros de la *Cueva*, después de haberse arremolinado varias veces, como si temiesen penetrar en tan sombrío recinto, ó recelasen recorrer parages tan solitarios.

En estos trabajos previos habíase empleado toda la mañana en el día á que nos referimos.

Niñas, mozas y casadas, luciendo lindas cestas de junco, cubiertas por limpias servilletas de abundante fleco, van llegando á las inmediaciones de la *Cueva*, trayendo la comida para los individuos

de sus respectivas familias que en la *es-cosa* tomaran parte.

Los interesados se separan del *traban-co*, se recuestan apacible y tranquilamente en los prados de ambas márge-genes y, sin formar grupos y todos inmediatos comen con el apetito y con la fruición que el trabajo entre agua despierta.

Mientras tanto, llega el momento oportuno para dar principio á la parte más divertida y alegre, la pesca.

Para esta hora había sido invitado D. Lorenzo, quién llegó *al lugar del suceso*, acompañado de algunos vecinos.

El agua seguía dócilmente la senda que se le trazara é iba quedando enjuto el cauce del río.

Las truchas comienzan por inquietarse ante la escasez del líquido elemento, y se mueven y se agitan, se retuercen y saltan.

¿Quién ante este espectáculo contiene á los chicos? Sin paciencia para más, se lanzan, retozando, al fenecido río.

A éstos siguen otros y otros y á los pocos momentos en el exhauxto cauce todo era alegría y animación, voces de sor-

presa é interjecciones de entusiasmo. ¡Ni un avaro, después de haber descubierto en las entrañas de la tierra el codiciado filón de rico metal, era más feliz que aquellos pescadores de *secano!*

Había para ello sobrado motivo. Las truchas y las anguilas, reconociendo la ineficacia de su resistencia, se dejaban coger sin la menor oposición.

El trayecto, que la *escosa* alcanza, mide más de dos kilómetros, y se halla como salpicado por pozos de alguna profundidad en los que se refugian astutamente algunas truchas al notar la alarmante disminución del agua.

¡Precaución inútil!

Mozos hábiles se encargan de burlar la astucia de aquéllas por el procedimiento de *amorgarlas*.

¿Y en qué consiste esta operación?

Alrededor de un pozo dado se colocan las personas de que disponerse pueda.

Con bríos dignos de mejor causa exprimen á fuerza de golpes de piedra el zumo de las hojas y fruto en agraz de nogal, que procuran mezclar bien entre el agua.

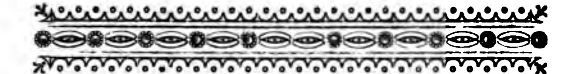
Al instante salen de sus escondrijos las truchas, pierden el miedo al hombre y comienzan á dar solemnes paseos por la superficie del pozo.

Cuando esto sucede, se dice en el lenguaje de la fiesta del día que las truchas están borrachas y comienza el punto culminante de la pesca, se ha llegado al momento de satisfacción más intensa para los pescadores.

¡Aquí! ¡allá! ¡más allá! ¡una! ¡otra! ¡dos!... exclaman varias voces en infernal algarabía.

D. Lorenzo se gozaba también contemplando ya la tranquilidad con que las candorosas víctimas se acercaban á sus implacables enemigos, ya la satisfacción con que éstos las aprisionaban.

Al obscurecer y cuando hubo terminado la tarea, marchan hacia el pueblo los pescadores en grupos irregulares, ora cantando *La Soberana* ú otras canciones tan *subversivas* como ésta, ora lanzando al aire estrepitosos *ijujús* y entran en Murias más gozosos y alegres, que un General después de haber obtenido brillante victoria.



XIII

## Pandorga original [1]

Era Pachín el sastre un bromista de primera clase.

No había novio á quién no zarandease, ni entraba en el pueblo forastero al que no hiciese tragar una sarta de mentiras, ni hombre alguno podía considerarse libre de sus bromas, no siempre aceptables.

Conservaba el sastre frescos en su memoria los célebres contratos de algu-

(1) Llámase en la montaña asturiana *pandorgas* á las manifestaciones de desagrado hechas con motivo del casamiento de los viudos.

nos vecinos con los gitanos, en cuya virtud habían aquéllos quedado sin burro y sin dinero, y los engaños de que otros fueran víctimas por parte de los *enganches* de Oviedo; recordaba con sus pelos y señales las consultas que éstos habían elevado á la *Sabia* para informarse de la posición exacta de los tesoros mencionados en las *gacetas*, y los trabajos nocturnos llevados á cabo por aquéllos para descubrir esos mismos tesoros; prestándole tan heterogéneos elementos abundante materia para sus picantes sátiras, ó para sus bromas mortificantes.

Sobre todo los matrimonios de los viudos eran por Pachín zarandeados por medio de estrepitosas *pandorgas* que él iniciaba, sostenía y prolongaba.

Mas como todo bicho viviente, tuvo el sastre su *samartino*. Á su mujer se le antojó, apesar de su robustez y pocos años, el morirse y salió con ello.

Los embromados por Pachín, los víctimas de sus embustes y chistes y los viudos por él *cencerreados*, y todos sus amigos y parientes hasta el cuarto grado inclusive, se prometían llevar á cabo

la *pandorga* más fenomenal en el día en que Pacho contrajese segundas nupcias.

Así se lo decían ante sus propias barbas, sin que él pusiese en tela de juicio la sinceridad de tales promesas.

Al anochecer del día en que la *Escosa*, de que se ha hablado en el Capítulo precedente, había tenido lugar, llama Pachín á su casa á dos de sus mejores amigos cuyo nombre no viene al caso consignar; les manifiesta la confianza que le inspiran para depositar en ellos un importante secreto y, después de haberlos convidado espléndidamente, termina por pedirles un favor singularísimo, á saber, que le presten su amparo y protección para evitar la cencerrada de que temía con fundamento ser víctima.

Él, Pachín, previa dispensa de tres proclamas, se había casado aquella mañana misma con *Teresona la Batanera*.

Al oir tan estupenda noticia, los dos amigos del sastre abrieron desmesuradamente los ojos en los que se dibujaba á la vez que una gran sorpresa, una satisfacción profunda.

Desde luego accedieron ¡no faltaba

más! á los deseos del flamante novio, que consistían en guardar el secreto durante una semana y divulgar luego por grados la noticia de su boda para evitar los primeros movimientos de sorpresa, y Pachín pareció aliviarse de un gran peso al escuchar las protestas de lealtad de sus dos confidentes y amigos.

Había pasado una hora escasa después de la entrevista que queda relatada, y un cuerno, despidiendo en la obscuridad de la noche y desde un extremo del pueblo un ronquido formidable, puso en alarma á la mayor parte del vecindario.

En el extremo opuesto responde otro en igual forma y tono. Á éstos suceden otros dos é inmediatamente cencerros, esquilones, bocinas, latas y calderas lanzan al aire un ruido espantoso, ensordecedor.

Como obedeciendo á una consigna, los pandorguistas, que eran la casi totalidad del pueblo, se van concentrando hasta situarse frente á la morada del ex-viudo.

Hallábanse aquéllos en lo más recio de su ruidoso oficio, cuando se abre una

ventana y por ella exhibe ante el público el sastre su mustia y compungida cara, adherida á su desgreñada cabeza.

Ante aquella inesperada aparición callan los manifestantes por un momento que aquél aprovechó para suplicar á sus vecinos con las más humildes palabras, con las frases más sumisas que pudo hallar en su repertorio, que no le molestasen con tanto ensañamiento, que pusiesen término á la cencerrada, entrando á tomar un vaso de vino.

No desagradó, ni mucho menos, á *Caleyón* lo del vino. Pero enseguida surgió en su mente el recuerdo de las pesadas bromas que Pachín le había jugado, de los embustes que le había metido y de las risas que á su costa había en el pueblo provocado, y sintiéndose inspirado á consecuencia de aquellos desaguisados, lanza con voz estentórea esta valiente copla:

*«No queremos que nos convides»*
*«Ni queremos naa.....»*
*«Queremos que siga la cencerraa»*.

El público soberano premia con calurosos aplausos el oportuno y *poético* arranque de *Caleyón* y torna á poner

en movimiento los instrumentos de hacer ruido.

El sastre da por perdido el pleito y se retira iracundo cerrando con violencia la ventana.

En tan ímproba tarea, alternando las disparatadas bombas con los bombos inaguantables, pasaron los pandorguistas la mitad de la noche, hasta que rendidos los brazos y las gargantas roncas, se ven obligados á retirarse, dispuestos no obstante á proseguir su obra durante quince días consecutivos.

Efectivamente..... á la siguiente mañana se supo de buena tinta que ni Pachín había dejado de ser viudo (1), ni Teresona la Batanera podía aun lucir las ansiadas *arrecadas* (2).

---

(1) Histórico.
(2) Distintivo de las recien casadas.

---

## XIV

## El cura y el sacristán en escena

La picaresca inventiva de Pachín tuvo gran éxito. El severo militar rió á mandíbula batiente la endemoniada ocurrencia del sastre, celebró su buen humor y hasta agradeció su fineza, cuando supo que lo había hecho en su obsequio.

No podía este suceso menos de avivar en otros el ingenio para reproducir escenas análogas. Víctima de una de ellas fué ¡quién lo dijera! el ya gran amigo de D. Lorenzo, el propio D. Justo.

La sencillez casi infantil de su carácter, la inagotable bondad de su corazón y, por añadidura, sus ribetes de soñador

y poeta, le hacían apropósito para ser complicado en una broma.

Pocos son los que en la montaña se ven libres de la general preocupación de la existencia de *tesoros*, y D. Justo, en fuerza de respirar aquel ambiente, amén de sus inculcadas cualidades, se había dejado contaminar. Venían además en su apoyo ciertas riquezas improvisadas que en su localidad no sabía explicarse, sino por aquel medio.

Y para colmo de su desgracia, en su propia parroquia en el laboreo de una cantera recientemente creada se descubrió una gran cantidad de monedas de plata con el busto del César Romano (1).

No entendía bien, ni creía D. Justo en *gacetas*. Pero esto era meramente secundario y que en nada desvirtuaba el hecho fundamental.

El cura de Nembra, íntimo de su colega y admirador (diríamos si esta palabra no estuviera tan gastada) de sus bellísimas prendas fué el que urdió la trama en cuyas redes había éste de quedar cogido.

(1) Histórico.

Facilitó el párroco de Nembra, por supuesto bajo secreto, al sacristán de Murias una *Gaceta*, según la cual en la parte inferior del pueblo y en sitio bastante bien determinado existía un tesoro de importancia, consistente, mitad en polvos de oro y mitad en barras del mismo metal. Era además la *Gaceta* tan explícita que señalaba la forma en que el tesoro se hallaba enterrado y consignaba, por último, que se cavase un pozo de dos varas de profundidad y cuando se descubriese una gran losa, se habría ya llegado á dar con el tesoro mismo.

Por el favor, que el Cura de Nembra al sacristán aludido dispensaba, haciéndole depositario de tan valioso documento, impuso el primero al segundo como condición que se había de enterar de todo á D. Justo, cuyas menores indicaciones era necesario atender con escrupulosidad en asunto de tanta trascendencia, y á otros dos individuos de suficiente talento para coadyuvar á la realización del negocio.

Á la una de la madrugada del día siguiente se hallaban los cuatro individuos de referencia tomando las medidas al

lugar, por la *Gaceta* designado, para averiguar la posición exacta del tesoro.

Acto seguido comienzan á trabajar con actividad febril, aunque con no pocas precauciones, bajo la dirección de D. Justo. Dos horas llevarían de trabajo ímprobo, cuando ¡oh suerte! hallan indicios de una losa. Continúan más enardecidos la excavación y efectivamente descubren aquélla, tal como la *Gaceta* la describiera.

¡Aquí fué Troya invertida! Uno tira en tierra la montera, sobre la que da saltos como un *clow*; otro más agradecido se arrodilla y besa aquella losa, objeto de sus desvelos; habla éste del reparto y aquél pronuncia con aire de convicción profunda la siguiente sentencia: *Tesoros haber háilos; la cuestión ye dar con ellos.*

Mas D. Justo se impone y dice: «En nuestro aceleramiento nos hemos olvidado de traer sacos y cestas para el oro molido y el en barras». «Es verdad, contestan todos». «Pues bien, sacristán, llégate á tu casa y tráelos».

«¡Señor, soy un padre de familia con ocho hijos!»

«Pero hombre, nadie te pregunta eso, replica algo amostazado el Cura; vete por sacos y cestas á tu casa».

«¡Bien sabe, Sr. Cura, que con lo que V. me da por la sacristanía, no tengo para vivir! ¡Además tengo ocho hijos! ¡Además la *Gaceta* era mía! ¡Además...» El pobre hombre, al ver que se intentaba alejarle del lugar del *suceso*, hubiera continuado echando *ademases* hasta el amanecer, si el Cura no le hubiera interrumpido, prometiéndole no solo no tocar el tesoro, pero ni siquiera levantar la losa que lo cubría, hasta que aquél volviese con los utensilios que se necesitaban.

Marcha, pues, el sacristán á todo correr á su casa. Pero era tal su turbación, que no acertaba á dar con los sacos y cestas, tropezaba con todos los muebles y aquí caigo y aquí me levanto, faltó poco para que la mujer alborotase el cotarro y comprometiera el negocio.

«Mi marido se ha vuelto loco», decía a exasperada mujer». «Por Dios, hombre, acuéstate, que te vas á poner ma», decía luego en tono más suave.

¡Qué va decir el Sr. Cura, añadía,

si sabe que andas por allá tan tarde?».

Trabajo le costó, pero al fin halló el sacristán seis sacos y tres cestas, con los que salió disparado, dejando á su mujer sumida en un mar de confusiones.

Se hizo en presencia de todos el recuento de los sacos, se recriminó al sacristán el que hubiera traido tan pocas cestas y se puso mano á la obra.

Levantan después de grandes esfuerzos la losa, y encuentran... una alcantarilla antigua, olvidada y mal oliente (1).

---

(1) Histórico.



XV

## Las hoces de Río-Aller

«Ya le he dicho, D. Arsenio, que ni visité, ni visitaré á Solís».

«Señor D. Valentín, fíjese en que Solís es un hijo ilustre del concejo».

«Y de un labriego».

«Hoy es un General del ejército español».

«Pero en las Américas, donde sabe Dios como habrá hecho su carrera».

«Además, le han visitado todos los señores de Aller».

«Peor para ellos, que así se han rebajado hasta el nivel de un indiano».

«¿Por ventura no hay algún género de igualdad entre todos los hombres?»

«No, nunca, jamás. Y no me cargue usted con esas teologías nuevas. Jesucristo reconoció la superioridad de la nobleza sobre las demás clases sociales; y los Reyes de acuerdo con los Papas la han colmado de privilegios. Toda doctrina opuesta es impía en el orden religioso y subversiva en el político».

Esta discusión, si así llamarse pueden las reverentes insinuaciones con que el párroco de Soto se atrevía á indicar al señor del pueblo la conveniencia de visitar á D. Lorenzo Solís, y la serie de desatinos con que aquél le replicaba, tenía lugar en el momento en que una criada fea como el pecado y sucia como la miseria, servía á su amo el chocolate en el salón de la casa solariega.

D. Valentín, malhumorado por la insistencia del Cura y más aun por el recuerdo del engrandecimiento de Solís, se acerca con desembarazo á la mesa, siéntase con aire de príncipe, saca del bolsillo una llave de hierro y abre el cajón central del que extrae con los tres primeros dedos de la mano derecha una dosis de azúcar que echa en el vaso, cu-

ya procedencia seguramente no era Sevres.

Mientras hacía esta operación, cerraba de nuevo la mesa é intentaba disolver con una cucharilla, tan indecente como lo restante del servicio, el azúcar en el vaso de agua, arengaba en tono enfático, ó mejor dicho, mortificaba á D. Arsenio con estas insolencias: «Es inaguantable la pretensión de ciertos hombres del día que se empeñan en predicar la igualdad. Y lo mas triste dèl caso es que semejantes absurdos hallen eco en muchos sacerdotes, indignos de su estado. Urge el que los Reyes, Papas y nobles tomemos las oportunas medidas para poner término á tales desvaríos».

Era por fortuna D. Valentín Ruíz de Miranda una excepción.

Los principales señores del concejo, los Castañones y Lobos de Nembra, los Lleras de Bello y Ordóñez y del Pino, etcétera, se habían hecho un deber de visitar á Solís, darle la bienvenida á su pueblo y felicitarle por sus brillantes triunfos en favor de la patria.

Nada más natural por tanto que Solís, antes de *encuevarse* correspondiese

cual merecía, á la nobleza allerana, haciendo una expedición por el valle principal del concejo, saludando á las familias que le habían dispensado igual honor y aprovechando la ocasión para ver las renombradas *Hoces de Río-Aller.*

Organizose pues, á este último punto una excursión en la que se ofrecieron á tomar parte los más distinguidos caballeros del concejo.

Ya conocen los lectores el camino que de Murias llega al Llanón. Desde esta meseta giraron los expedicionarios sobre la izquierda, siguiendo un camino que por aquella parte ladea la montaña y conduce con relativa comodidad á su cumbre.

Cuando á ella hubieron llegado, se presentaron simultáneamente ante su vista los dos valles más poblados y más ricos del concejo de Aller.

El de *Río-Negro*, estrecho como la conciencia de un justo y severo como la moral de un anacoreta, contrastaba con el principal, abierto como el genio y alegre como la abundancia.

El descenso desde la Campa de la Verdad, que así se llama la cima del monte

que separa los dos valles, hasta Soto es molesto, difícil y no está exento de peligros.

¡Que tropel de sentimientos y de consideraciones no hubiera invadido y embargado el alma de D. Lorenzo, si hubiese podido recordar que la senda, que en pleno día, bien cabalgado y cortejado por distinguidos caballeros, recorría, era la misma que años atrás anduviera siendo un niño, á pié, en la obscuridad de la noche y sin recurso alguno!

En el pueblo de Soto, voluptuosamente tendido en lo mejor del valle principal, defendido de los ardientes rayos del sol por la frondosidad de una exhuberante vegetación, y por la brisa de caudaloso y manso río oreado, se hallaban ya esperando á Solís algunos señores del Concejo.

Trotando sobre sus bien enjaezados caballos por el llano camino del valle principal y seguidos de sus robustos espoliques, llamaban los excursionistas la atención de los transeuntes, excitaban la curiosidad de los pueblos por donde pasaban y hasta llenaban de orgullo á algunos vecinos, quienes alimentaban

la infantil ilusión de creer cosa propia lo que se relacionaba con sus señores.

La casa de D. Valentín Ruiz de Miranda estaba situada en la parte más alta de Soto. Fué imposible por lo mismo á su dueño dejar de ver el numeroso y brillante cortejo de la expedición y no reconocía límites su enojo, que desahogaba paseando precipitadamente por el salón y prorrumpiendo en estas exclamaciones: «¡Esto no se debe consentir! ¿Quién habría de pensar que la nobleza española se rebajaría hasta el extremo de acompañar como en triunfo á un pastor? Nada; urge tomar medidas encaminadas á evitar estas indignidades. Á mi nadie me convence de que un pastor, el hijo de un labriego, merezca esos honores. Para eso se necesita haber sido, como los Ruiz de Miranda, nobles y señores desde el vientre de sus madres».

Las exclamaciones del hidalgo caían en el vacío.

D. Valentín, que por no haber hallado compañera digna de él, había decidido permanecer soltero, estaba servido

por criados mercenarios que ni le entendían, ni le amaban.

Sus furores eran para aquéllos nuevas rarezas de su estrambótico amo, y la comitiva, sin preocuparse poco ni mucho de la exasperación del señor de Soto, continuaba alegre y gozosa...

El sacrificio había sido grande.

Pero ¡qué panorama! ¡qué prodigio de la naturaleza!

¿Quieres, lector, saber lo que son las Hoces de Río-Aller?

Imagínate un valle estrecho y de vertientes elevadas; coloca con la fantasía en el centro un peñón de dos kilómetros de espesor y de igual altura que las laderas citadas, cerrando por completo el paso.

Ahora figúrate que dos gigantes, colocados uno á cada lado del peñón, han abierto mágicamente en su centro una hendidura ó grieta por la que discurre el agua de la parte superior de Río-Aller.

Hazte, por último, cuenta que la necesidad de comunicación ha forzado á los habitantes de Casomera y Río-Aller á abrir á golpes de martillo una estre-

chísima senda en la margen izquierda, y tendrás una idea aproximada de Hoces.

No era D. Lorenzo propenso á la admiración, pues además de haber viajado por las principales naciones de Europa, recorriera la mayor parte de la América del Sur y había podido ver las más renombradas maravillas naturales.

Esto no obstante, su admiración ante las Hoces fué intensa.

Al atravesarlas parecíale hallarse en el fondo del mar cuyas aguas, replegándose á uno y á otro lado, formaban aquellos misteriosos y sombríos muros repitiéndose el prodigio bíblico del Mar Rojo.

Después que la admiración dió lugar al discurso y raciocinio, examinó Solís y comprobó que las Hoces debían su existencia á la acción de las aguas. Intentó con este motivo calcular el núme ro, no de años, sino de siglos, que aquéllas necesitaran para labrarlas, y parecióle deducir con lógica consecuencia que la ciencia estaba equivocada respecto á la edad del mundo.

Para D. Lorenzo era indudable que,

á no haber sobrevenido algún cataclismo que cuartease la montaña de granito y por ende facilitase la acción de las aguas, habían éstas necesitado para abrirse paso á través de aquella ciclópea mole de piedra, un número mayor de años del que los sabios asignan á nuestro planeta.

Al comunicar estas reflexiones á sus compañeros de excursión, observó Solís que éstos, eruditos en episodios cinegéticos, diestros para someter á su voluntad el corcel más brioso ágiles en recorrer con ligereza las sendas más impracticables de la montaña, no podían seguir aquel tema, ni estaban en condiciones de leer en las entrañas de un peñasco la partida de nacimiento del mundo, y con prudencia dió rumbo nuevo á la conversación.



# XVI

## Terror justificado

Sostiene Chateaubriand que la Religión cristiana, al desterrar del mundo á los faunos, sátiros y ninfas, le devolvió la belleza de que el paganismo le privara.

No puede creerse, dice, que los Griegos y los Romanos, tan sensibles á las emociones estéticas, careciesen de ojos para contemplar el gigantesco espectáculo de la naturaleza, ó de talento para pintarlo.

¿De qué procede, pues, esa inferioridad manifiesta de los antiguos con respecto á los modernos? De que los primeros solo veían en los bosques y en los

valles, en las grutas y en los mares una verdadera tramoya teatral, mientras iluminados por la luz de la fe, podían contemplar los segundos con toda libertad la grandeza, inmensidad y belleza del mundo del que habían desterrado aquel ejército mitológico.

Schure coincide con aquel insigne literato al afirmar que la mayor desgracia para un alma artista es haber perdido la fe en lo divino y sobrenatural, que es elemento poético incomparable.

Un alma aprisionada á la materia, un artista, que tenga su vista limitada por el horizonte visible, jamás será un poeta completo.

Se deduce de esta doctrina que los elevados montes y los valles tranquilos, que los sombríos bosques y las plácidas aldeas de nuestra montaña, de haber continuado bajo el yugo pagano, ó de haber descendido á la degradante sima de la impiedad moderna, no nos ofrecerían esas escenas bellas, ni esos cuadros arrobadores que todos en ella admiran.

Esto por lo que dice relación á la belleza de orden natural. ¿Qué diremos si de la de orden moral y religiosa se trata?

Indudablemente, si el Cristianismo desapareciese de la montaña, no podríamos contemplar sus tipos legandarios, ni sus caracteres novelescos, no podríamos comprender ni sentir sus más tiernas y melancólicas escenas.

Por tal juzgamos la de que nos vamos á ocupar.

Ya declinaba el verano. Las mieses iban adquiriendo un tinte dorado que presagiaba su próxima madurez. Cambiaban los árboles el voluptuoso verdor de sus hojas por más modestos matices.

La atmósfera había refrescado y se atrevía el cierzo á descender de los altos picos, á donde lo contuviera el férreo brazo de un sol enérgico, á los valles hospitalarios.

Durante este tiempo, ya fuese porque era llegado el turno como la mayoría del pueblo juzgaba, ó ya por un capricho de D. Justo como sospechaban maliciosamente otros, dos capuchinos vascongados fueron invitados para evangelizar el valle.

Difícil es dar á conocer el ambiente que en la montaña se respira durante esas misiones, trascribir las emociones

que, cual corriente eléctrica, hieren todos los ánimos, fotografiar el estado psíquico de sus habitantes en semejantes circunstancias.

Veamos, no obstante, de describirlo.

Las campanas, tañidas por hábiles y vigorosas manos, hablaban un lenguaje distinto del que usaban durante el año; atropelladamente lanzaban por sus grandes bocas notas reveladoras del sublime entusiasmo que hasta al metal había afectado.

Al mismo tiempo que los moradores de la aldea, sumisos á la majestuosa voz que los llamaba, se congregaban al rededor de la iglesia, por las embocaduras del valle y, salvando la cordillera que entre el *Río negro* y el principal se interpone, afluyen numerosos grupos guiados por los estandartes de sus respectivas parroquias, ora rezando piadosas oraciones, ora entonando cánticos religiosos de sencilla, pero sublime inspiración.

¡Espectáculo imponente, grandioso el que el valle ofrecía en aquellos momentos!

Diríase que un ejército formidable

sabiamente subdividido y obedeciendo á un plan bien premeditado, se dirigía, cual nueva Cruzada, contra fortificada plaza; ó que nos era dado nuevamente admirar en el patrio suelo la fe y el fervor de las nutridas caravanas que en peregrinación se dirigían á postrarse ante el sepulcro de Santiago.

Las inmediaciones de la iglesia se hallaban ya atestadas de gente, cuando las miradas de todos buscan la puerta principal de la misma.

En ella aparecen la imagen de la Virgen del Rosario conducida por cuatro mozos del pueblo, los sacerdotes del distrito en dos filas, en medio de ellos D. Justo llevando enarbolada la efigie de Cristo crucificado, y cerrando la comitiva los dos misioneros con los piés descalzos, fijos los ojos en el suelo, las manos escondidas en las amplias mangas de su burdo hábito y llevando con santo orgullo sobre el pecho un crucifijo de resplandeciente metal.

El público, compuesto de personas de ntas condiciones, edades y pueblos, se vanta como movido por un resorte ˈsterioso, se arrodilla primero y luego

se incorpora á la procesión que entonces se formaba.

El más anciano de los misioneros entonó el clásico

*A misión os llama,*
*errantes ovejas,*
*vuestra tierna madre*
*la Pastora excelsa*

que el pueblo repite con férvido acento.

Mientras tanto la comitiva, que se iba engrosando á cada boca-calle, llegaba al sitio en que la predicación había de tener lugar, que era una veguita contigua á la parte superior de la aldea.

En ella se improvisara rústico púlpito, á cuyos lados se colocaron dos mesitas cubiertas con percal encarnado y sabanilla blanca para las dos imágenes mencionadas.

Delante del púlpito se habían instalado para los eclesiásticos, dos bancos en los que por deferencia especial se ofreciera á D. Lorenzo un asiento.

Después de las preces de costumbı sube al púlpito el religioso de más edε

Era éste, alto, de ojos negros, bar del mismo color, bien poblada y lar

hasta llegarle cerca de la cintura. La expresión enérgica de su rostro y todo su aspecto denunciaban un alma fuerte é inflexible.

Tapando su cabeza con la capucha, las manos entrelazadas y cerrados los ojos, pronuncia pausadamente y marcando bien todas las sílabas esta sentencia: *Hodie si vocem ejus audieritis, nollite obdurare corda vestra.* Si oyereis hoy la voz del Señor, no querais endurecer vuestros corazones.

Echada atrás la capucha y colocadas sobre la barandilla del púlpito sus manos, pasea el misionero una mirada solemne por el numeroso auditorio que ante sí tenía devoto y recogido.

Después de hacer algunas consideraciones acerca del estado funestísimo en que se colocan los que de pecado en pecado, de vicio en vicio, llegan al endurecimiento de corazón, cerrándolo á las inspiraciones del cielo y á los movimientos de la gracia, enuncia, como tema de su discurso, un dogma tan cierto, cuanto terrible, la eternidad.

Habida cuenta de la calidad de sus oyentes, no pide el orador á los filóso-

fos, ni á los teólogos conceptos é ideas para exponer lo que es la eternidad.

El hábil misionero tiende una mirada por la naturaleza que le cerca, y á ella acude en busca de imágenes con que aclarar aquella verdad, y de símiles con qué fijarla en la mente de su auditorio.

«Ved, dice, los collados y los montes »que nos rodean. Aumentadlos en vues»tra imaginación hasta hacer que sus »cumbres escalen el cielo.

»Una golondrina, recorriendo el valle »en raudo vuelo, roza alguna que otra »vez con sus delicadas alas las crestas de »las montañas. ¿Cuando éstas se hayan »pulimentado primero y luego desgas»tado y desaparecido á consecuencia de »tan suave roce, la eternidad habrá ha»llado término?

Un *No* semejante á una cascada que de inconmensurable altura se precipita, sale del pecho del enardecido orador.

»Aun más, continúa en tono más bajo. »Ensanchad en vuestra fantasía este an»gosto valle, haciendo que su amplitud »sea tanta como la altura de los montes »que visteis tocar al cielo. Las fuentes, »los ríos y los mares vacían en él su

»aguas, formando un piélago inmenso, »un océano mayor que todos los cono- »cidos. Cada millón de años irradia el »sol sobre la tersa superficie de aquél »uno de sus más débiles rayos, logrando »evaporar una gotita de agua.

»Al quedar exhausto nuestro imagi- »nario mar, ¿habrá la eternidad hallado »algún límite?

*Jamás*, replica el mismo orador, pareciéndose su voz á la del huracán, cuando se desata en la montaña y ruge en el valle.

Los oyentes, ante exposición tan gráfica de la eternidad, se impresionan hondamente; sus corazones se sienten oprimidos bajo el peso de verdad tan terrorífica; anúdanse las gargantas y los ojos se secan negándose á derramar lágrimas, el mejor, el único consuelo de un alma atribulada.

Lleno el capuchino de santo celo y en un arranque oratorio, levanta sus ojos y alarga sus brazos hacia el cielo al que dirige esta plegaria:

»Dios y Señor, si sabes que alguno de »los que me escuchan, ha de quebran- »tar tu ley santa, y sufrir por esa trans-

»gresión una eternidad de suplicios, haz »que la tierra se unda bajo sus plantas »y le trague vivo.

»Si ves que hemos de tener la desgra- »cia inmensa de pecar y de bajar por lo »mismo á un infierno eterno, fulmina »sobre nuestras cabezas encendidos ra- »yos que ahora mismo nos priven de la »vida.

»Si conoces que hemos de ofenderte y »de caer en los abismos de un eterno »penar, manda á tus Ángeles extermi- »nadores que á este mismo lugar nos »traigan la muerte».

La respiración del auditorio era fatigosa, comprimida y entrecortada por algunos suspiros.

Un ténue movimiento, como de inquietud ó desasosiego, se había impreso á aquella compacta masa humana.

Diríase que se asemejaba á un mar rizado en la superficie por suave vientecillo, pero que incubaba en sus entrañas el germen de la tempestad.

D. Lorenzo frotó suavemente con la mano su frente, como para aclarar las ideas que en ella el capuchino había incrustado. *Caleyón* se alejó del lugar d

la misión, soltando este tan extemporáneo cuanto irreverente chiste: «Por si acaso la palabra del Flaire se cumple, lo mejor será afuyir», que cayó en el vacío.

Mientras tanto el acento vigoroso de una humilde súplica, salida simultáneamente de millares de pechos, atronaba el espacio y se hacía repetir por el eco de las montañas.

---



# XVII

## Lágrimas dulces

Una figura asaz simpática dirigía al día siguiente la palabra al mismo auditorio desde el púlpito y en el sitio descriptos en el precedente capítulo.

De aspecto dulce como la virtud y risueño como la aurora, ojos azules, barba abundante y rubia, color de cara y manos alabastrino, embelesaba su sola presencia.

Con voz suave y melodiosa saluda á sus oyentes, usando de esta tan hermosa cuanto concisa fórmula: *Pax vobis, La paz del Señor sea con vosotros.*

«La consideración intensa de las *Ver-*

»*dades eternas*, comenzó diciendo, pa- »rece que oprime el corazón, paraliza »el alma y hielan el espíritu.

»Necesita por lo mismo el cristiano »acudir á la contemplación de alguna »verdad consoladora que reanime su es- »píritu abatido y ensanche su desfalle- »cido corazón.

»El Dios de toda bondad y misericor- »dia, el Dios del amor por excelencia, »nos la ha propuesto de una manera ini- »mitable, divina en la siempre antigua »y siempre nueva Parábola del *Hijo pró- »digo*».

Derrochando tesoros de ternura y vertiendo raudales de sentimiento, expone la incomparable joya evangélica por medio de tres cuadros de sublime belleza.

Un hogar, compuesto de un padre ideal y de dos apuestos hijos, hé ahí el primero. Aquél, amante y cariñoso hasta el apasionamiento, cifra sus delicias en la felicidad de sus hijos. Estos, dichosos en compañía de tan buen padre, nada tenían que apetecer, pues hasta la abundancia material les sonreía.

¡Ah! ¡Que esta ventura no fué duradera! El hijo menor, tal vez el más ido-

latrado, en un momento de locura, lleva el desconsuelo á aquel hogar, y derrama en el corazón de un padre amantísimo la hiel que ha de amargar la mayor parte de su ancianidad, pidiéndole la herencia que le corresponde y anunciando su resolución de abandonar la casa paterna é ir en pos de una dicha mayor que su corazón presentía. Ni los ruegos ni las lágrimas del padre, ni el dolor reflejado en aquel venerable semblante, lograron detener hijo tan descabellado y parte á lejanas tierras dejando clavado en el corazón del autor de sus días parricida puñal.

Este padre, tan vilmente ultrajado, no olvida al hijo perdido y un día y otro exclama, cual David al perder el suyo: «Absalón hijo mío, hijo mío Absalón».

Traza en un segundo cuadro las desventuras sin cuento del Hijo pródigo. Consumida la herencia, perdidos los amigos, sin honor, fuera de su patria, sufre los rigores de una extrema pobreza y se ve precisado á aceptar el más degradante de los empleos.

La desgracia y la pobreza vuelven la razón al hijo extraviado y se acuerda de

su padre, de las delicias del hogar paterno. Mas ¡ah! su padre ha sido por él vilmente ofendido! Pero reflexiona que al fin es padre y amante como pocos. Con el alma agobiada, sí, por el remordimiento, mas con el corazón henchido de esperanza, se levanta y marcha á largas jornadas en dirección á la casa paterna.

En el último cuadro describe con exquisitez inimitable la entrevista entre padre é hijo. Aquél ve llegar de lejos un mendigo. El corazón le dice que es su propio hijo; repara y, á pesar de la palidez que le desfigura, de los harapos que le cubren y de la miseria que le afea, reconoce al menor de sus hijos.

Sale á su encuentro; el pródigo se arrodilla; él no pudiendo sufrir en su corazón las humillaciones del hijo, no pudiendo soportar la narración de sus desventuras, le echa las manos al cuello, le estrecha contra su corazón, riega con lágrimas su frente y estampa en sus mejillas el más amoroso de los ósculos

Aquel puro abrazo en que dos corazones se compenetran, aquél beso sublime en que se funden dos almas tan

opuestas, hallaron un cantor digno en el misionero joven, de aspecto dulce como la virtud, risueño como la aurora, de ojos azules, barba rubia y color alabastrino.

Expone á continuación el orador las tiernísimas enseñanzas que de la Parábola se desprenden.

Después de hacer resaltar el gran contraste que existe entre el amor paternal de Dios al hombre, manifestado en beneficios de todas clases, y la conducta ingrata, aleve, pérfida del pecador, pinta patéticamente la desventura á que se halla éste sometido. Sin el amor de Dios ni la protección angélica, sin méritos propios ni consuelos celestiales, ve el pecador deslizarse su existencia entre amarguras y remordimientos, y vislumbra para más allá del sepulcro un eterno penar.

Con celo ardiente, con voz entrecortada por la emoción, exhorta, ruega, suplica el misionero á los pecadores que se vuelvan á su Dios y Señor, que regresen á la casa paterna, de la que en hora funesta se apartaron.

«¿Dudáis, teméis ser mal recibidos por

»ese Señor y Padre, á quien habéis ultrajado?»

Toma entonces el orador en sus manos la imagen de Jesús crucificado y con palabra saturada de religiosa unción le pregunta: «¡Señor y Maestro! ¿dignaos, Vos mismo, decirnos cómo recibís al pecador arrepentido?»

«Oid, añade, oid la respuesta: Gruesos »clavos sujetan mis pies para significar »al mundo que estoy esperando su con»versión. Mis brazos extendidos denotan »el vehemente deseo que siento de abra»zar contra mi pecho á todos los pecado»res. Tengo inclinada la cabeza, como »en actitud de dar un ósculo de paz, un »beso de amor á los hombres todos. Pro»fundas y anchas son las heridas que he »permitido se abrieran en mi costado, »para que por ellas entren los arrepen»tidos hasta el santuario mismo de mi »alma y se hagan partícipes de mis do»nes y méritos».

Vuélvese por último hacia la imagen de la Virgen María y la dirige esta tierna plegaria: «Señora, el Hijo pródigo no te»nía madre. Si la hubiera tenido, ni ha»bría retardado tanto su regreso á la

»casa paterna, ni habría temido la pre-»sencia de su ofendido padre. Mas noso-»tros, más afortunados, tenemos en Vos »una madre, la más amante, la más com-»pasiva de las madres. Vuestro corazón »maternal atesora para con nosotros un »amor más intenso, un cariño más acen-»drado, que el cariño y el amor de todas »las madres del mundo.

»Por eso abrigamos la dulce esperanza »de un perdón amplio y completo. Por »eso os suplicamos confiadamente que »no nos dejeis de la mano hasta haber-»nos reconciliado con Jesús, estrechado »contra su Corazón y hecho el objeto »predilecto de su amor».

El auditorio se conmueve; surcan todas las megillas abundantes lágrimas, y los corazones se sienten aliviados de un gran peso.

Al entonar el *Perdón oh Dios mío*... los ángeles mensajeros del Dios de paz, se bañaban en inefable delicia.

A la mañana siguiente un distinguido militar, vistiendo lujoso uniforme y llevando sobre su valiente pecho las numerosas condecoraciones, á que una vida entera, consagrada al servicio de la

patria, le hiciera acreedor, se acercaba reverente y emocionado á recibir en la mesa eucarística el celeste abrazo que un Dios infinitamente amante otorgaba á un nuevo hijo pródigo.

---



XVIII

## Institución notable

Se ha de propio intento omitido, al hacer la descripción de Murias, su ornamento principal.

En la parte más alta del pueblo, cual si intentase servirle de corona, álzase severo y engreido un palacio de sólida y artística arquitectura.

Su fachada principal, perfectamente orientada, consta de dos pisos de labrada cantería, formando dos superpuestas series de arcos del renacimiento. Grandes y numerosos balcones exhornan las restantes fachadas, á la vez que proveen de abundante y oxigenada luz al interior.

Al penetrar en éste llama poderosamente la atención la distribución y el orden de sus habitaciones.

Capilla espaciosa, surtida biblioteca, salones desahogados, hé aquí los compartimientos de tan grandioso edificio.

¿Quién lo habrá levantado en el corazón mismo de la montaña, en uno de sus más inaccesibles pueblos?

¿Qué objeto tendrá?

Es indudable, que el hombre superior á su siglo vislumbra y presiente ideales ocultos, no sólo á las muchedumbres sino á las medianías ilustradas. ¡Cuántas veces se repite en la Historia de la humanidad que es reputado por loco el que es un genio!

Algo de esto pasó á D. Lorenzo.

En lucha constante con la carencia de conocimientos para ocupar puestos en que son aquéllos necesarios, en la intensidad de su cariño para con su pueblo natal, en lo acendrado de su amor á la patria, ve con intuición profética el poder avasallador, la fuerza expansiva de las ideas, y levanta aquel suntuoso edificio.

Su objeto ya se adivina.

Sumas enormes se invierten en la construcción de la *Colegiata*, amén de las que depositara Solís para remunerar al profesorado, enriquecer anualmente la biblioteca, aumentar el material científico para la enseñanza y atender al culto de la Capilla.

Impresión inexplicable, hondo sentimiento de admiración ha de sentir, el que al llegar, después de penoso viaje por vez primera y sin haber antes sido informado, á Murias, se halle frente á frente con aquella humanitaria institución.

¡Loor al magnánimo Solís, vidente de los destinos del porvenir!

¡Loor al amante verdadero del pueblo, al legítimo defensor de su progreso y engrandecimiento!

Tu nombre, si no ha sido grabado en bronces de perdurable memoria, jamás se borrará del corazón de los hijos de la montaña.

Cierto que no te han erigido monumento alguno; pero es que la admiración y la gratitud, cuando son intensas, carecen de fórmulas adecuadas de expresión.



XIX

## Epilogo

Inesperadamente le arrancó de su pueblo el amor pátrio.

Las frecuentes insurrecciones contra la Metrópoli hicieron necesaria en Méjico la presencia del ilustre caudillo.

Al frente de las tropas de su mando, afrontando todos los peligros, contrajo la enfermedad que le llevó al sepulcro, suceso que fué comunicado á D. Justo en la forma que ya conocen los que hayan leído el primer Capítulo de esta Historia.

Dilatadas regiones separan su tumba de la de sus padres. Lejos de su pueblo natal, sus cenizas no pudieron ser honradas por los que le amaban, ni su se-

pultura recibir pudo las lágrimas de los que le querían.

La obra monumental de D. Lorenzo, la institución que debiera inmortalizar su nombre ¡tampoco existe!

Aquel palacio, destinado á combatir la ignorancia y difundir la luz, ha sido derruido, y suprimido el profesorado encargado de empujar al pueblo por las vías del progreso; aquella biblioteca, depositaria del saber de las pasadas generaciones y elemento indispensable para el engrandecimiento de los pueblos, se ha cerrado para siempre y ya no queda de aquella *Colegiata*, corona de la montaña, título de justificado orgullo y fundamento de su porvenir, piedra sobre piedra.

¡Todo lo ha arrasado el vendaval de la revolución!

¿Quién osó cometer semejante atentado de lesa humanidad? ¿Quién ha consumado ese latrocinio contra la más sagrada de las propiedades? ¿Quién puso sus manos sacrílegas en aquel alcázar sagrado é intangible de la civilización?

¡Ah! Unos hombres que se proclaman amantes del progreso, que se dan á sí

mismos el título de defensores de los derechos de los pueblos, que se jactan de ser apóstoles de la libertad y de la civilización, han tamaño crimen realizado.

En nombre de la ciencia, de la libertad y del progreso, han vendido hasta las piedras de tan grandioso edificio y las ennegrecidas tejas que lo cubrieran, han enajenado el solar mismo donde se hubiera asentado, como para borrar de la memoria de los pueblos el recuerdo de tan levantada institución.

¡Qué sarcasmo!

Por eso nuestra aldea anatematiza ese amor á la civilización que se traduce en derruir los edificios de nuestros mayores, dedicados á la enseñanza, reniega de ese progreso mentido que se funda en el latrocinio, maldice esa falseada libertad que le priva de su más preciada joya.

...Han pasado algunos años después de los sucesos que se han referido y cabe á los derruidos muros de la *Colegiata*, junto al solar de la *Casona*, (1) un religioso explicaba á un pueblo creyente,

---

**(1) Con estos dos nombres es conocida en la Montaña la institución á que se alude.**

á una muchedumbre fiel, las mismas verdades que hemos visto exponer en presencia de D. Lorenzo.

La silueta del misionero, vista á la luz del crepúsculo vespertino, parecía evocar la sombra de aquel egregio varón, que vagaba por el espacio, ora reprobando el horrendo crimen de los que arruinaran su obra, ora preocupándose en labrar la felicidad de su pueblo.

Era que por las venas de aquel abnegado y celoso misionero corría la noble, la pura, la caritativa sangre del más preclaro hijo de la montaña (1).

(1) Histórico.

# INDICE

# Otras Obras del mismo autor

| | Peset |
|---|---|
| **Los Institutos Religiosos.**—Memoria Apologética de aquellas Congregaciones, presentada al Congreso Católico Nacional de Santiago de Compostela................ | » |
| **Visita de enfermos y asistencia de moribundos.**—Precioso Manual teórico-*práctico* del Sacerdote para el ejercicio de dicho ministerio.... ....................... . | 3 |
| **Reseña histórica del Santuario y Parroquia de S. Nicolás de Bari.**—Estudio histórico hecho en virtud de los documentos existentes en su archivo parroquial...... | 1 |

